

COMEDIA FAMOSA.

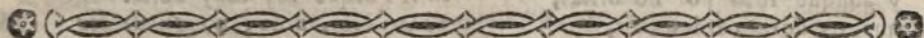
POBREZA,

AMOR, Y FORTUNA.

DE D. DIEGO, Y D. JOSEPH DE FIGUEROA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Diego, Galán.	***	Leonarda, Dama.	***	Catarro, Gracioso.
Don Enrique, Galán.	***	Doña Clara su prima.	***	Osavio, Mayordomo.
D. Rodrigo, y D. Luis.	***	Inès, Criada.	***	Quatro Valientes.



JORNADA PRIMERA.

Sale Don Diego pobremente vestido, y Catarro siguiendo à Leonarda, y à Inès, que salen tapadas.

Leon. **T**Apate, Inès, que no quiero que nos conozcan aqui:

vienen siguiendonos? Inès. Si.

Leon. Pues aguarda: Cavallero, ya esto es passar à grossero. Yo os pido, por vida mia, dexeis la necia porfia que en seguirme haveis mostrado: no pongais por un cuidado à riesgo la cortesia.

De aqui no haveis de passar, sino advertido entender, que os lo ruega una muger, que os lo pudiera mandar; si el seguirme, y porfiar tenerme por otra ha sido, andais muy inadvertido en poner en tanta calma las evidencias de un alma, al engaño de un sentido.

Dieg. Corto mi discurso fuera, necio fuera mi cuidado,

si en vos no huviera admirado errante la Primavera:

vuestra vista lisoujera en mas que la vida aprecio; y aunque peligre al desprecio de mi amor el interès, dexadme ser descortès, à trueque de no ser necio. Veinte Auroras ha que os veo en este prado gentil dar liciones al Abril, y incendios à mi deseo: enigma de amor os creo à costa de mi pàsion; cesse vuestra indignacion, que yo en tan gustosa calma ya se lo he refido al alma, templad vos el corazon. Corred el velo, señora, dareis al campo alegria, mirad, que se eclipsa el dia, como se esconde el Aurora: el dia, y noche se ignora, y pueden dar sus querellas, el fin estas luces bellas,

A

y ella con justos enojos
dirà, que sin vuestros ojos,
còmo puede haver estrellas?

Leon. Es muy bueno, y ya recelo
que enamorado venis,
y esto mismo les decís
à quantas hallais al buelo:
haveis dexado en el Cielo
Luna, Sol, Estrella errante,
à quien no hagais semejança
qualquier tapada muger?
un cielo debo de ser,
no passéis mas adelante:
Y en seguirme porfiado
no deis, porque soy muger,
que acaso puedo tener
algun decente cuidado,
y no os quiero aventurado
à vos, que hablais maravillas,
y aunque solo por no oíllas,
que os dexe perdonareis,
que temo me compareis
con el Norte, y las Cabrillas.

Dieg. Por què con rigor igual
tanto os encubris, señora?

Leon. Porque si me veis aora
os parecerè muy mal;
tengo un poco artificial
la hermosura, y el espejo
me hace falta, y así dexo
de mostrarme, confiada
de que os agrada pintada
algo mejor, que en bosquejo.

Dieg. Grosero el pincel, y ingrato,
poca gloria se asegura.

Leon. Mirad qual es mi hermosura,
pues se vale de un retrato.

Dieg. Ya de obedeceros trato.

Leon. Es haceros mucho gusto,
porque os escuso de un susto.

Dieg. Obligaisme à que no os crea.

Leon. Pues ver una muger fea,
puede haver mayor disgusto?

Dieg. Discreta sois, pero avàra
en dexaros conocer.

Leon. En esto echareis de ver
lo mal que me vè de cara.

Dieg. Tal qual sois, os admiràra,
si libre mi amor os viera.

Leon. Y si yo una muger fuera
tan grande::- *Dieg.* No lo digais,
si como Sol me abraçais,
claro està, que sois de esfera.

Leon. De un imposible favor
nunca vive la esperanza.

Dieg. Si, mas la desconfianza
hace apacible el rigor.

Leon. No te despees, Amor, *ap.*
por la vista, y el oído!
Reprimase algun sentido
de los que en peligro està;
no le basta ser galan,
fino ser bien entendido!

Catar. Y usted, señora doncella,
deidad peregrina, y rara,
no descubre aquesta cara?

Inès. Ni por pienso. *Catar.* Tal es ella:
Por què?

Inès. Porque soy muy bella.

Catar. No, niña, no puede ser
ser hermosa, y no querer
dexarse ver lo declara:
mas què tienes una cara
como un mismo lucifer?

Inès. Al lacayo le dà pena,
que la tenga buena, ò mala?

Catar. Haz del sambenito gala,
ya que no la tienes buena:
yo te juzgo algo morena,
lucia un poco, un mucho tuerta,
con una boca de espuerta,
y una nariz singular;
con que te puedes andar
con tu cara descubierta.

Inès. Solo falta corcobada,
y facil, à mi entender.

Catar. Yo te tengo por muger,
que eres muy bien inclinada.

Inès. Uno piensa el bayo. *Catar.* Errada
vàs en el refràn, à fe;
porque tan pobre se vè
mi amo, que al intentallo,
con tener ningun cavallo
ha dado en andar à pie.

Dieg. Confio, que me ha pesado
de que me hayas conocido.

Leon. Pues no, D. Diego, no ha sido
atencion de mi cuidado:

en

en Valencia os han mirado
con lastima, y puede ser,
que sea alguna muger
de corazon tan humano,
que de vuestro loco hermano
culpe tan ruin proceder.

Quedaos con Dios, que yo sè,
que algun dia os buicaràn,
que aunque pobre, sois galan.

Dieg. No siendo vos, para què?
solo con vos tengo fe;
porque os quiero de manera,
sin veros, que quando os viera,
y un Angel en vos hallàra,
ni menos os adoràra,
ni mas, señora, os quisiera.

Leon. Esta es ocasion perdida,
no soy posible, por Dios.

Dieg. Pues yo, sino logro à vos,
no tendré amor en mi vida.

Leon. Havrà causa que lo impida.

Dieg. Teneis dueño? *Leon.* Ni le espero.

Dieg. Si por ser pobre:—*Leon.* Me muero
por pobres. *Dieg.* Pues en què và,
si en nada de aquesto està?

Leon. Estará en que yo no os quiero.

Mal haya yo sino miento. *ap.*

Dieg. Mas el desden me enamora.

Leon. Quedaos con Dios.

Dieg. Ya, señora,
acompañaros intento.

Leon. Me està mal el cumplimiento,
quedaos pues. *Dieg.* De marmol soy!

Inès. Te conocì? *Leon.* Ciega estoy!

Inès. Buena, señora, la hicieras,
à saber èl, que tù eras

Leonarda. *Leon.* Sin alma voy! *Vanse.*

Catar. Muy buenos hemos quedado,
famosamente lo han hecho:
ello en estando sin blanca,
gastas amables conceptos;
nunca te he visto tan fino.

Dieg. Ni yo te he visto tan necio:
dime, Catarro, aquel talle,
aquel garvo, aquel asleo,
aquellas divinas partes,
con aquel entendimiento,
no baltaràn à rendir
un diamante? *Catar.* Yo confieso,

que lo exterior de la tal
Doña fulana era bueno;
pero debaxo de un manto,
no se colige por esso,
que no pudiera venir
una Dueña, ò un cochero:
muger tapada con manto,
lo tengo por mal aguero,
que hay unos mantos de gloria,
y hay otros mantos de Infierno:
no pudiste verla? *Dieg.* No;
solo un hermoso lucero,
discretamente dormido,
y tiranamente honesto,
tuvo à raya mis sentidos,
y en calma mis pensamientos.

Catar. Y dime, el tal ojo era
pardo, verde, azul, ò negro,
ò colorado? que yo
el ojo de gallo apruebo.
Ella era vieja, sin dudas;
porque muger que echa el resto
sin descubrirse, tendrá
cincuenta y cinco à lo menos.
Pero dime, hombre del diablo,
amor gastas, quando pienso,
que no tienes hasta aora
con que hacer rezar un ciego?
y que te hallas, como ciertas
mugeres en santo tiempo?
Quando estàs hecho pedazos,
y se le caen por momentos
el humillo à los zapatos,
y las alas al sombrero?

Quando tus medias por puntos
se vàn de carrera, y presto,
y te ponen de quadrado,
aunque estès de fino recto,
dà usted en enamorar?
esso no, señor Don Diego,
no me han de engañar correrias,
refrene sus movimientos;
porque las señoras Damas,
que se usan en estos tiempos,
solo son tratables con
Ginoveses, ò Flamencos.

Dieg. Dexa, Catarro, las burlas,
no apures mi sufrimiento.

Catar. Como no? por Jesu Christo,
A 2 que

que de colera rebiento,
 al ver que vives con un
 hermano que te dió el Cielo,
 que se llevó el mayorazgo
 por un año mas, ó menos;
 y por tonto, que los tontos
 siempre nacen los primeros.
 No quieres que me de pena
 verte traer, por Enero,
 de tafetan un vestido,
 y que civil, y avariento,
 con ser en él un aborto,
 te de á entender, que es del tiempo?
 No siento tanto, señor,
 su riqueza, quanto siento,
 que siendo hermano, y no primo,
 que te trate como á un negro:
 y que se usen mayorazgos?

Dieg. Catarro, ya no hay remedio;
 yo nací con mala estrella;
 yo soy el blanco, el objeto
 de sus iras: ya yo estoy
 tan hallado en el tormento,
 que ni vivo en el alivio,
 ni de la pena adolezco.
 De mi hermano Don Enrique
 solamente á sentir llevo,
 que siendo su sangre propia
 me trate con tal desprecio,
 quando Valencia es testigo
 de que no se lo merezco;
 y ha llegado el odio á tanto,
 que si alguna Dama tengo
 á quien de amor obligado,
 cortesmente galantéo,
 no para hasta que embidioso
 me lo estorva. Si hago versos,
 á voces por el lugar
 publica, que son agenos.
 Finalmente, en quanto hago,
 quanto digo, y quanto pienso,
 tengo un contrario en mi hermano
 tan tiranamente opuesto,
 que he menester muchas veces
 valerme del sufrimiento,
 para que la indignacion
 no eche á perder el respeto:
 consuelame con que está,
 por ambicioso, y sobervio,

aunque en próspera fortuna,
 mal quisto de todo el pueblo.

Catar. Buen consuelo! y entre tanto
 entrambos ayunaremos,
 que tambien me va mi parte
 como á ti, señor. *Dieg.* Ya veo
 lo que te debo, Catarro;
 pues si me ves fiel, y atento
 en tan infeliz fortuna,
 la buena ley te agradezco;
 pero si lo pasas mal,
 por qué no te vas? *Catar.* Por esso;
 porque si pagaras bien,
 no te sirviera un momento.

Dieg. Por qué?

Catar. Porque los criados
 sirven, señor, como perros:
 á donde no ven un quarto,
 son como taúres necios,
 que acuden mejor á donde
 les hacen mal tratamiento.
 Pero dexando esto aparte,
 no dirás, que nos haremos,
 que ya las Carnestolendas
 se llegan, y es caso recio
 no tener para una gala;
 y en Valencia, es el festejo
 mayor el de tales dias,
 pues todos los Cavalleros,
 aunque de mascara, salen
 de gala, y de lucimiento?

Dieg. Ven, Catarro, porque oy
 hablar á mi hermano quiero.

Catar. Y sino quisiere oírte,
 clamar por tus alimentos.

Dieg. No echas de ver, que con él
 es cansarse? *Catar.* Ponle pleyto,
 y sacalos por justicia.

Dieg. Es accion de viles pechos.

Catar. Pues quedarás á la Luna
 de este lugar, mi Don Diego. *Vanse.*
Salen Don Enrique vistiéndose, y Oñavio de Mayordomo.

Enriq. Hiciste poner el coche?

Oñav. Si señor. *Enriq.* Qué hora será?

Oñav. Son las doce. *Enriq.* Tarde es ya.

Oñav. Veniste á las tres anoche.

Enriq. El Espadero ha venido?

Oñav. Afuera aguardando está.

Enriq.

Enriq. Si me havrà acabado ya el Bordador el vestido?

Oñav. Es de gusto, y de valor.

Enriq. No se sacò sin cuidado.

Oñav. Azul, y plata, extremado.

Enriq. Mi mal publica el color:

hame venido à buscar

un Pintor? *Oñav.* No lo he sabido:

dos mugeres han venido,

no te quise despertar.

Enriq. Muchas en causarme dan,

de su interès no me agrado.

Oñav. Como te ven heredado,

y mozo, te buscaràn.

Enriq. Què importa, si en esta calma

amante adoro el desdèn

de Doña Leonarda, en quien

victima se apura el alma?

Leonarda, à quien diò su estrella

disculpas para querida,

que en Valencia es aplaudida

por mas noble, rica, y bella.

Oñav. Señor, Don Diego tu hermano

tan pobre està:— *Enriq.* Necio estàs;

no te he dicho, que jamás

me hables de esse villano? Y

Vaya el picaro à servir

à Flandes, vaya à ver mundos;

y pues nació hijo segundo

busque modo de vivir.

Salen Don Luis, y Don Rodrigo.

Luis. Mas que no se ha levantado,

si à las tres anoche vino.

Rod. Vestido està, è imagino,

que à las doce ha madrugado:

cómo os levantaís tan tarde?

Enriq. Bien venidos, Cavalleros.

Oñav. Ya vienen los lisonjeros, *ap.*

de su ciencia haciendo alarde.

Luis. Què hicisteis anoche, amigo?

Enriq. Jugué un poco.

Luis. Cómo os fuè?

Enriq. Dos mil escudos ganè.

Luis. Me huelgo, Dios me es testigo.

Oñav. Ya le dan con la del Martes. *ap.*

Enriq. Con pintas el juego crece.

Rod. Todo, amigo, lo merece

un mozo de vuestras partes.

Que este vano presumido *ap.*

tal dicha llegue à tener!

un brazo diega por ver

à este mozo destruido.

Luis. Què hinchado, y severo està! *ap.*

que este tenga dicha alguna!

pero quando la fortuna

cosa de buen gusto harà?

Enriq. Amigos, deciros trato,

que anoche à Rosela vi,

y que à su madre la di

cien escudos de barato;

pero su sed no se aplaca.

Rod. Es hermosa esta muger.

Enriq. Pues yo no la puedo ver.

Rod. Por què, amigo?

Enriq. Porque es flaca.

Rod. De Lisarda la belleza

à mi ruego se hace sorda.

Enriq. No me la nombres, que es gorda.

Rod. Ha dado en esta flaqueza.

Enriq. Clara muy firme me estima,

como si yo la obligara.

Rod. Quièn es, amigo, esta Clara?

Enriq. De Leonarda hermosa es prima;

en Leonarda solo crece

la passion que en Clara ignoro,

pues yo por tema la adoro

al passo que me aborrece.

Luis. Leonarda? es cansarte en vano,

mudad vuestros pensamientos,

porque aguarda por momentos

cierto Conde Siciliano,

que viene à ser su marido.

Enriq. Pues yo la he de pretender,

y algun dia podrá ser

que me venga de su olvido;

y ya que amante se quema

mi cuidado en su rigor,

lo que no alcanza mi amor,

ha de conseguir mi tema:

quedao à comer conmigo,

y aquesta noche saldremos

de máscara. *Luis.* Pues què haremos?

Rod. Juguemos un poco, amigos:—

Enriq. Yo aqui estoy, esse es mi fin.

Rod. Pues ociosos nos hallamos.

Luis. Dònde jugarèmos? *Enriq.* Vamos

à la pieza del Jardin. *Vanse.*

Oñav. Extraña la vida es

de

de un mozo rico, y folteroso
no cabe en el mundo entero
su sobervia, è interès:
por el vicio su violencia
què defenfrenada corre!

Salen Don Diego, y Catarro.

Dieg. Si aora no me socorre,
irme quiero de Valencia.

Catar. Ha de ser cansarte en vano.

Dieg. Dì, què aventuro en rigor?

Catar. Aqui està Octavio. *Dieg.* Señor

Octavio, què hace mi hermano?

Octavio. Jugando està, y divertido.

Dieg. Y es bien que me trate así,

y que se olvide de mi,

porque segundo he nacido?

Es justo (hà fiero dolor!)

que tanta hacienda le sobre,

y que à un hermano tan pobre

le trate con tal rigor?

Deshonrole yo? no es una

la sangre que hay en los dos?

tan buenos padres, por Dios,

le he debido à la fortuna?

Conmigo estas tiranias!

con su sangre estas tiranias!

veme hacer indignidades?

ando en malas compañías?

Es bueno, señor Octavio,

que estè un hombre de mis prendas

desnudo en Carnestolendas?

no es de Don Enrique agravio?

A vos à pediros luego,

que sirvais de intercession.

Octavio. Digo que teneis razon

en todo, señor Don Diego:

mas poco havrà que lleguè

à hablarle en vos, y èl airado

me ordenò muy enojado,

que unos zapatos no os dèis

sus coleras son tan grandes.

Dieg. Què esto escuche mi dolor!

Octavio. Don Enrique mi señor

quisiera veros en Flandes:

à los segundos allà

la guerra los satisface.

Catar. Si por la guerra lo hace,

harta guerra tiene acà.

Octavio. Las balas, si quereis iros,

la fama alientan, y el nombre.

Catar. Pues para matar à un hombre

no bastan aquestos tiros?

Octavio. Pues vos hablais, majadero,

donde està vuestro señor?

Dieg. Yo os buscaba intercessor,

y os he hallado consejero:

Un imposible conquisto,

al aire mis queexas van.

Octavio. Esta es orden que me dan,

no puedo mas, vive Christo. *Vase.*

Catar. Que no cumplas, pues mohino

à todos cansando estas,

si al momento no te vas

por el mundo peregrino.

Dieg. Hay hombre mas desdichado,

que no tenga algun affomo

de dicha? *Catar.* Y que el Mayordomo

no vaya descalabrado!

Dieg. Que estè (rebiento al decillo!)

en poder de este tirano!

Catar. Y que para tal hermano

se haga sordo el tabardillo!

Dieg. Que no halle fortuna estable,

aunque à buscarla me aplico!

Catar. Y que no se muera un rico

de pujos de miserable!

Dieg. Ven, Catarro. *Catar.* Ya te figo.

Dieg. Y salgamos allà fuera.

Catar. Dexa el pesar, que es quimera,

y consuelate conmigo:

en la calle viento en popa

estamos, no hay que temer.

Dieg. Què haremos? *Catar.* Ir à comer.

Dieg. Dònde, Catarro?

Catar. A la fopa.

Dieg. Què locura tan cansada

para apurarme el sentido!

Catar. Tengo un Lego conocido,

que nos la darà dorada.

Sale Inès tapada.

Pero aguarda, que estoy ciego,

ò una muger viene aqui,

sin duda me busca à mi.

Inès. A vos os busca, Don Diego;

este papel para vos

aquella dama os embia,

que oy hablasteis. *Dieg.* Dicha es mia.

Inès. Y esta caxa. *Catar.* Ira de Dios!

Dieg.

Dieg. Mirad bien si me haveis visto,
no erreis, señora, el recado.
Catar. Cómo no? lindo menguado;
cogelo, cuerpo de Christo.

Toma el papel D. Diego, y leelo para sí.
Quarenta mil años vivas,
ò Angelica del Catay!
aora digo que hay
personas caritativas:
Mas digame, Marta honrada,
la piadosa, ò la cruel,
no hay para mi otro papel?

Inès. Quiere una mano? *Catar.* Pedrada.
Diga, hermana, esos desgarros
gasta en estas ocasiones?

Inès. No me pago de bufones.
Catar. Son muy frios los Catarros.

Acaba de leer.

Dieg. A esse enigma idolatrado
decid, que mi pecho fiel
solo recibe el papel,
que à un muerto la vida ha dado:
y que aunque nada me sobre,
no admito lo que me embia,
pues luce la grosseria
mas à los visos de pobre.
Decidla, que estos despojos
no aumentan mi amor activo,
porque solo à cuenta vivo
del incendio de sus ojos:
y que en tan gustosa calma,
obligado de mi amor,
muriera de este favor
à no haverla dado el alma.

Inès. La caja haveis de tomar,
por vuestra vida, y la mias
pues nada en ella os embia
para lo que os puede dar:
si no la tomais, Don Diego,
sè yo que se enojará.

Catar. Dice muy bien, claro està,
y aqueſſo lo verà un ciego.

Inès. Advertiros solo resta,
que para seña lleveis
un pañuelo, si quereis
ir esta noche à la fiesta,
en la izquierda mano afido,
por èl os conocerà.

Dieg. Luego vuestro dueño irá?

Inès. Sin duda alguna. *Dieg.* Corrido
estoy, si os trato verdad,
de no daros:- *Inès.* Què quereis?
ya sè que muy pobre os veis.

Catar. Esto de solemnidad;
pero estoy yo aqui, que hartos
cuidados quito à los dos:
toma, niña, anda con Dios,
vès aqui hasta quince quartos.

Dieg. Quita, necio; este favor
solo vos le mereceis,
de la caja os servireis.

Catar. Què es lo que intentas, señor?
la caja le quieres dar?

Dieg. No me hallo con otra alhaja.

Catar. Cómo no? venga la caja,
sin ella puede marchar.

Inès. De vos estoy obligada:
basten ya vuestras porfias.

Catar. La caja? esto no en mis dias:
ò què linda mermelada!

Dieg. La dama no me direis
à quien cuesto tal cuidado?

Inès. Esto solo me han mandado,
lo demàs no lo sabreis.

Dieg. Poco os debo.

Inès. Quien no aguarda,
poco à la fortuna fia:
si èl supiera que venia
yo de parte de Leonarda!

Vase.

Dieg. Escucha, Catarro. *Catar.* Di.

Dieg. Leerle quiero el papel,
oye lo que dice en èl.

Catar. Ya te atiendo. *Dieg.* Dice asì.

Lee. Una muger, mas compasiiva que
enamorada, sabiendo la tirania de
vuestro hermano, os suplica perdoneis
la cortedad, y os valgaís de essa ni-
ñeria para estas Carneſtolendas, advir-
tiendo, que no quiere mas recompensa
que el secreto.

Repres. Hay muger de tales prendas!

Catar. Yo lo he juzgado al revès:
que me maten, si no es
burla de Carneſtolendas.

De vèr la caja me privo.

Dieg. Mi amor la sale al encuentro.

Catar. Dame mil palos, si dentro
no viniere un raton vivo.

Què

Què ciegos sois los amantes!
que orgulloso estás, que ufano!
Dios te tenga de su mano: *Abrela.*
vive Dios, que son diamantes.

Dieg. Què dices?

Catar. Pierdo el sentido:
joya à ti? no hallo razon,
por bolvertela carbon
algun duende la ha traído.

Dieg. Que de la tapada bella
me venga tanto favor!

Catar. Vamonos de aqui, señor,
porque han de bolver por ella.

Dieg. Hay sucesos semejantes!

Catar. Aunque de curioso peques,
mira bien no sean flueques.

Dieg. No, sino claros diamantes:
loco estoy, pues te respondo.

Catar. Mirarlos, por Dios, es vicio,
diamantes son de gran juicio,
porque tienen mucho fondo:
absorto estoy de tus medras.

Dieg. Quién esta muger será?

Catar. Una vieja, que querrá
dar en loca, y tirar piedras:
venga pues, y poco à poco
àzia empeñarla me iré.

Dieg. Eso es lo que yo no haré.

Catar. Què dices, hombre, estás loco?

Dieg. Ven, Catarro, que en tal calma
esta joya guardaré:

què importa que pobre esté,
si tengo tan rica el alma? *Vanse.*

Salen Leonarda, y Doña Clara con mantos.

Leon. Seas, prima Doña Clara,
à mi casa bien venida,
que bien te debe mi amor,
que me hagas esta visita.

Clar. Solo por disculpa dás
haver estado estos dias
indispuesta, que por esto
he dilatado esta dicha,
que yo soy la interessada.

Leon. Pues à fé, que vienes, prima,
para haver estado mala,
de buen color. *Clar.* Tú me animas,
y estar delante de ti,
que como el Sol causa el dia,
y el incendio de sus rayos

gora, abraza, y ilumina,
no es mucho que aora yo
de tus alimentos viva;
que à cuenta del Sol, Leonarda,
la menor estrella brilla.

Leon. Yo soy quien de tus reflexos,
Clara hermosa, necesita;
muy sola sin ti he salido
estas mañanas floridas
tomando el acero al Grao.

Clar. Digo, pues, Leonarda mia,
que un papel tuyo me dió
un criado, en que decias,
que por ser aquesta noche
en Valencia tan festiva,
que no se atreve al recato
cortefana la malicia,
pues todo lo suple, quieres
detrás de una mascarilla
ver la fiesta, sin que seas
de ninguno conocida;
fuera de que es el disfráz
costumbre ya tan antigua
en Valencia, que esta noche
salen las mas recogidas,
y yo quiero acompañarte,
por ver si el contento, y grita
de la fiesta me divierte
de algunas melancolias.

Leon. Dios te guarde; pero dime,
así dos mil años vivas,
es la tristeza de amor?
quieres bien? estás herida
de sus flechas? que una dama
hermosa, gallarda, y rica,
y que la pretenden tantos
para casarse, prolija
debe de ser, sino tiene
un objeto que la rinda;
y quando tengas amor
ningun milagro sería.

Clar. Sin duda me has visto el pecho,
y pues nuestra sangre, prima,
dá lugar al defahogo,
y la verguenza mitiga,
en dos palabras dire
lo que en muchas no diria.

Leon. Como, por tu vida? *Clar.* Como
quiero, y soy aborrecida:

mi-

mira si en una muger
puede haver mayor desdicha.

Leon. Mayor la padece el alma,
declárate, no te aflijas.

Clar. Conoces à Don Enrique
de Fox, un mozo:-

Leon. Si, amiga.

Clar. Que està recien heredado,
cuya sangre esclarecida

compite con su riqueza,
y tiene en su casa misma,
por mas señas, un hermano,
que lo conozco de vista,
de la fortuna escarmiento?

Leon. Aguarda, no me lo digas,
que ya sè, que Don Enrique
le trata con tiranía:

harto lo siente mi amor! *ap.*

Clar. A este adoro. *Leon.* No profigas.

Clar. Qué sientes, que en un instante
te has puesto descolorida?

Leon. El disgusto, Doña Clara,
de que hayas puesto la mira
en Don Enrique, de quien
se cuentan cosas indignas,
no me ha de dar pesadumbre?

Clar. Confíessote, que yo misma,
mirando su perdicion,
quisiera ser mi homicida.

Leon. Lo peor es, que es tirano
hasta con su sangre misma;
pues un hermano que tiene,
tanto con esto me irrita,
que le quisiera beber
la sangre: perdona, prima,
que me he dexo llevar
del afecto: ay Clara mia!
dixe mal, de la razon,
pues necia, è inadvertida,
no vi que estabas delante,
y que eras quien le querias.

Clar. Antes, prima, te agradezco,
que tanto mal de èl me digas,
pues obra en esto tu buena
intencion, no tu malicias;
algun dia podrá ser,
que el desengaño me sirva
de escarmiento, y que el olvido
à mi amor honesto siga.

Sale Inès con manto.

Inès. Ya, señora:- pero ay Dios, *ap.*
que està con ella su prima!
mas qué importa? la respuesta
la tengo de dar en cifra,
que ella bien me entenderà.

Clar. Inès, seas bien venida:
de dõde con manto?

Leon. Ay triste! *ap.*
fino calla soy perdida,
que ella piensa, que con Clara,
como es parienta, y amiga
tan del alma, y tan de casa,
me he declarado: permita
el Cielo, que Inès me entienda.

Hacele señas.

Inès. Ya vengo, señora mia,
de hacer lo que me mandaste.

Leon. Sin alma estoy! no profigas,
Inès. Inès. Señora, qué importa,
que esto lo sepa tu prima?

Leon. Todo el cuento la declara; *ap.*
no me entiende, estoy sin vida!

Clar. Habla, Inès. *Inès.* Digo, señora,
que piadosa, y compasiva,
à aquel pobre le llevè
el socorro que le embias;
y tanto con èl se holgò,
y con saber de quien iba
el recado, y la limosna,
que aunque era una niñeria,
à tan buen tiempo llegò,
que responde, que la estima,
como si una joya fuese.

Leon. Ya parece que respira *ap.*
el alma, pues me lo cuenta
por rodeos, y es precisa
razon, segun el engaño.

Clar. Y esto, Leonarda querida,
que callasse Inès quisiste?
dar limosna es obra pia.

Inès. Es mi señora una santa
piadosa, y caritativa;
pero aquesta caridad
ya se la diràn de Mistas.

Leon. Limosna que se declara
dà vanagloria el decirla,
y es dar el merecimiento
lugar à la hipocresia.

Dentro ruido de fiesta.

Inès. Oid: no escuchais el ruido,
el algazara, y la grita?

Leon. Ya la escucho; y pues el Sol
vã precipitando el dia,
y en el mar de trasportin
le sirve la espuma rica,
salgamos, prima. *Clar.* Salgamos;
quitame este manto aprisa.

Inès. Ya os esperan los capotes,
sombrreros, y mascarillas;
demo una pabonada.

Leon. Vamos, Clara.

Clar. Vamos, prima.

Leon. Y plegue à Dios, que à D. Diego
encuentren las ansias mias. *Vase.*

Clar. Y plegue à Dios, que no acabe ap.
Don Enrique con mi vida. *Vase.*

Inès. Y plegue à Dios, que Catarro
con sus intentos profiga,
que aunque no le quiero, pienso
que me hace algunas cosquillas. *Vase.*

*Salen Don Luis, Don Enrique, y Osta-
vio de mascarar.*

Enriq. En fin, Ostaivio, la viste,
que de su casa saliò?

Ostäv. En su casa estaba yo,
señor, como me dixiste,
y tres mugeres salieron,
que yo en la voz conocí;
recelando de mi,
recatadas anduvieron.

Pero con mi mala estrella
no se me escapò ninguna,
pues Leonarda era la una,
y la otra su prima bella.

Enriq. Doña Clara la acompaña?

Ostäv. Si señor.

Enriq. Què mal agüero!

De oirla nombrar me muero.

Ostäv. Es tu condicion estraña.

Enriq. Hay cosa que canse mas,
que una muger con amor?

Ostäv. Dime, es el desden mejor?

Enriq. Ostaivio, en lo cierto dás.

Quando de alguna merezco

la voluntad, y el favor,

por ver que me tiene amor,

al instante la aborrezco.

Y si desagradecida

dà en matarme su desden,

la voy queriendo tambien,

al passo que ella me olvida.

Ostäv. De suerte, que desdenado
mas vuestro apetito crece?

Aguardad, que me parece,

que mascarar han llegado.

*Salen algunos de mascara tocando, y can-
tando, y detrás Doña Leonarda,*

Inès, y Doña Clara.

Leon. Bella noche, prima mia.

Inès. El mundo la rinde parias.

Leon. Son tantas las luminarias,

que afrenta causan al dia:

Tu tristeza me acobarda,

cesse tu tormento atroz.

Ostäv. Has conocido la voz?

Enriq. Ya he conocido à Leonarda.

Llega D. Enrique à Leonarda, y hacen corro.

Clar. Què hermoso que està el lugar!

à que le andemos combida.

Leon. Aguardate, por tu vida.

Enriq. Mascarar, quereis danzar?

Clar. La voz de mi amante fue.

Leon. De Enrique la voz ha sido;

pero por ser permitido,

esta noche danzarè.

Danzan Don Enrique, y Leonarda.

Enriq. Ingrata, con un rendido

logras el desden violento?

Leon. Dad esas quexas al viento,

y vuestro amor al olvido.

Enriq. Alcance mi humilde ruego

fiquiera un engaño breve.

Leon. Siempre me hallareis de nieve.

Enriq. Siempre me hallareis de fuego.

Acaban de danzar, y coge Doña Clara de

la mano à D. Enrique, y danzan.

Clar. Mal Cavallero, tirano,

conmigo tanto rigor?

Enriq. Si soy de yelo à tu amor,

para què es cansarte en vano?

Clar. Yo te olvidarè aunque muera.

Enriq. Yo serè siempre intratable.

Clar. Yo firme, aunque eres mudable.

Enriq. Yo soy bronce. *Clar.* Yo soy cera.

Buelven à cantar, y danzan todos, y van-

se los de la fiesta.

1. Famosamente se ha hecho.

2. Discurramos el lugar.

3. Venid, Damas, y galanes.

4. Ea, buelvan à cantar.

Aparta D. Enrique à Leonarda, y Oñavio se pone à hablar con Doña Clara, è Inès.

Enriq. En ira se abraza el pecho!

Aguarda, que no te has ir,
hermoso, y bello prodigio,
à cuyos divinos ojos
toda el alma sacrifico:
oye, espera. *Leon.* Enrique aleve,
que tirano, y atrevido,
el sagrado del recato
profanar quieres indigno,
què intentas? *Enriq.* Vengarme intento
de tu desden, y tu olvido:
acabe, pues, el rigor
lo que no puede el cariño;
vive Dios, que esse disfraz
he de ver. *Leon.* Cielos divinos,
no hay quien socorra:-

Forcejeando se le cae la mascarilla à Leonarda, y salen D. Diego con un lienzo en el brazo, y Catarro.

Dieg. Què es esto?

Catarro, què es lo que he oido?
no es muger la que se quexa?

Enriq. Mas con tu desden me irrita.

Catar. Llegad presto.

Dieg. Cavallero, *Llegan.*

en cortesía os suplico,
que dexéis aqueſta Dama.

Catar. Y ſino, por Jeſu-Chriſto,
que nos han de oír los ſordos.

Leon. Mi fortuna le ha traído. *ap.*

Enriq. Quien os mete en eſſo à vos?

Dieg. Soy un hombre bien nacido,
y debo amparar las Damas.

Catar. Como dos, y dos ſon cinco.

Enriq. Pues yo os haré à cuchilladas
dexar tan gran deſvarío.

Catar. A ellos, que tienen creſta.

Dieg. De eſta manera mis brios
os darán à conocer
ſi ſabrè hacer lo que he dicho.

Poneſe Catarro al lado de D. Diego, y al de D. Enrique Oñavio, y entranſe acuchillando.

Leon. Què bizarro en mi deſenſa
eſgrime el acero activo?

pero à mi prima, y à Inès
entre la gente he perdido:
voy à buſcarlas, què aguardo?

Salen Don Diego, y Catarro.

Catar. Què brava zurra les dimos!

Dieg. Ya eſtais ſegura del rieſgo:
mas, Cielos, què es lo que miro!

Leon. Mas, Cielos, que es lo que veo!

Dieg. Con la turbacion no ha viſto,
que la mascara del roſtro
ſin ſentir ſe le ha caído;
vive Dios, que era Leonarda
la Dama que he ſocorrido.

Leon. Cielos, Don Diego no es *ap.*
el que galan, y atrevido,
en mi deſenſa librò
mi honor de ſu hermano miſmo?
Si, que aquel lienzo, por ſeñas,
ya callando me lo ha dicho.

Dieg. Mas diſſimular importa.

Leon. Cavallero, yo os eſtimo,
que ſin conocerme, hayais
mi perſona defendido.

Pues el diſfraz me aſſigura, *ap.*
declararle ſolicito,
que ſoy la Dama tapada.

Dieg. Señora (ay Amor!) corrido
eſtoy de no haver hallado
mas arrieſgado el peligro:
morir por vos fuera vida.

Leon. Ay de mi! tarde lo he viſto: *ap.*
la mascara:- ſi Don Diego
me havrà, Cielos, conocido
en eſta ocaſion? no darme
por entendida es preciso,
de que ſoy quien le embiè
las joyas, pues ya me ha viſto.

Dieg. Vive Dios, que ſu hermoſura *ap.*
es imàn de mis ſentidos!
perdoneme la tapada,
que aunque ſu fineza eſtimo,
ya en la beldad de Leonarda
vive, y muere mi alvedrio.

Leon. Quedaos con Dios, Cavallero.

Dieg. Necio fuera el valor mio,
ſi del peligro os libràra,
y os dexara en el peligro;

permitid, que os acompañe.

Leon. Es el ir sola preciso.

Dieg. No quiero ser porfiado.

Leon. Solo con mirarle vivo: *ap.*

què no pueda declararme!

Dieg. Què estè mi amor tan remisso! *ap.*

Catar. Què enamoremos sin blanca! *ap.*

Dieg. Què bizarra!

Leon. Què entendido!

Dieg. Muerto voy!

Leon. Sin alma quedo!

Dieg. Ven, Catarro. *Catar.* Ya te figo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Catarro de noche.

Dieg. Què obscura que està la noche!
aun no se divisa el Cielo.

Catar. No me diràs dònde vamos
de esta suerte, ò con què intento
has salido de tu casa?

quieres matarme? estás ciego?

no miras que à los Catarros
les hace mal el sereno?

Dieg. Sigüeme, y calla, Catarro.

Catar. Oye usted, señor Don Diego,

ò quedese à buenas noches,

ò discurremos, ò hablemos:

deme usted razon de si,

ya que su razon es cuento.

Dieg. Por aliviar mi dolor,

y porque lo sientes, quiero

darte parte de mis males.

Catar. Venga el pulso.

Dieg. Dexa, necio,

las burlas. *Catar.* De tus achaques

sè mas, que supo Galeno.

Dieg. Ya sabes, que aquella noche

del regocijo, y festejo,

quando Valencia se ardía

en materiales incendios

(pues fueron tantas las luces,

que al dia no echaron menos)

entre las mascarar muchas,

que disfrazadas salieron

diligentes à gozar

de la noche el privilegio,

fuimos los dos, yo, y Catarro,

solamente con intento

de ver, si aquella tapada,

que con liberal afecto

me embidè en aquella joya

tanta copia de luceros,

por la joya que llevaba

me conociese. *Catar.* Ya veo,

que aunque locos anduvimos

todo el lugar discurriendo,

no dixo esta joya es mia

ningun tapado embeleco.

Y sè tambien, que librasste

à Leonarda de aquel riesgo,

que pudiste conocerla,

porque el disfraz lisonjero,

no queriendo darle en rostro,

dexò patente su cielo.

Dieg. No ignoras tambien, Catarro,

que de su hermosura ciego,

como errante mariposa,

mi peligro galanteo

à porfia, procurando

ser víctima de su incendio,

sin que al pensamiento de

parte de mi pensamiento.

Catar. Ya, señor, sè que la adoras

con vergüenza, y con respeto,

y sè, que no se lo has dicho,

y sè, que has sido grosero,

y sè, lo que son mugeres,

y sè, que hablarlas es bueno;

pues lo que una vez se dice,

se lo acuerda el diablo ciento.

Dieg. Aunque constante la adoro,

y es ella sola el sugeto,

que idolatro, en declararme

estoy confuso, y suspenso,

por ser mi amor imposible,

por ser pobre; y lo mas cierto,

porque à la Dama tapada

tantas finezas la debo,

que me busca los mas dias,

sin que haya podido el ruego

lograr de su cielo hermoso

la gloria de ver su cielo.

De la tapada me obliga

la fuerza de sus afectos,

à Leonarda, por deidad,

idòlatra la venero.

Una tapada me busca,
otra descubierta, Cielos,
me mata: en un mar cruel
de confusiones me anego.
Mira si tengo razon
de estar, Catarro, suspenso;
pues luchando están conmigo
amor, y agradecimiento.

Cata. Hay mas, que amarlas à entrambas?

Dieg. No vès, que es de viles pechos
engañar à dos mugeres?

Catar. Toma tù en ellas exemplo,
que engañan veinte à la par;
y si quieres mi consejo,
sè Gran Turco de las dos,
y enamoralas à un tiempo,
à la que quieres de valde,
à la otra por su dinero.

Dieg. Por no hacer essa baxeza,
à Flandes irme pretendo;
à mi hermano voy buscando,
y en esta casa de juego
ha de estar. *Catar.* Yo sè que aora
estàs, señor, en tu centro:
esta de Leonarda es
la casa. *Dieg.* Ya solo intento
hablar, Catarro, à mi hermano.

Catar. Pues què le quieres?

Dieg. Le quiero
decir, que para partirme
me dè un focorro.

Catar. A buen tiempo:
la mayor parte ha perdido
de su hacienda, y fuera de esto,
dos Lugares que tenia
tambien los puso con dueño,
y con el dinero aora
pienso que ha de hacer lo mesmo.

Dieg. Vive Dios, que he de salir
de su infame cautiverio:
mas aguarda, que parece,
que ruido à esta parte siento.

Catar. Bien puede ser; pero yo,
lleve el diablo lo que veo:
retirate à aquesta esquina.

*Retiranse, y salen quatro Valientes con
espadas, y broqueles.*

1. Esto ha de ser, compañeros,
un criado le acompaña

no mas, y ayuda al intento
fer la noche tan obscura.

2. En esta esquina aguardemos,
que por aqui ha de passar.

3. Bien ha ganado, y sobervio
à ninguno diò barato.

4. Pues que pague por entero.

Dieg. No escuchas, Catarro? *Catar.* Si,
y à lo que presumo, creo,
que à algun tahir infeliz
le quieren dar pan de perro.

Dieg. Quièn seràn?

Catar. Algunos hombres,
liberales por extremo,
pues no tienen cosa fuya.

Dieg. Ladrones son.

Catar. Punto menos;
pero ladrones corteses,
pues à estas horas à un negro
pidiendole están la capa,
y le quitan el sombrero:
vamonos de aqui, señor.

Dieg. Por què?

Catar. Porque tengo miedo.

Dieg. Arrimate à aquesta reja,
y calla, cobarde. *Catar.* Fuego:
mira, al que se arrima à rejas
le suelen caçar por hierro.

*Salen Enrique, y Octavio con espadas,
y broqueles.*

2. Amigos, este es sin duda.

Enriq. Que se te olvidasse luego
traer la linterna, Octavio!

Octav. Poco havrà que la echè menos,
mas cerca estamos de casa:
gracias à Dios, que te veo
ganar, señor, una noche,
quando siempre estás perdiendo.

Dieg. No es Don Enrique, Catarro?

Catar. Vive Christo, que es el mesmo:
de aquesta vez imagino,
que heredas. *Dieg.* Què dices, necio?

Catar. No consiste tu ventura
en que se muera primero
Don Enrique? *Dieg.* Quièn lo duda?

Catar. No heredas, si muere?

Dieg. Es cierto.

Catar. Pues dexa tù que le dèn
una buelta de podenco

eitos hombres, que èl ahorre demandas, y testamento, veràs como vienes tù à cargar con todo ello.

Dieg. Què gracias tienes tan frias!

Enriq. Aquí hay gente. *Llegan.*

1. Cavallero, tres pobres hombres, y honrados, os suplican:- *Catar.* Malo es esto.

1. Que les deis una limosna.

Enriq. Nunca he sido limosnero, mas veis aquí quatro escudos.

2. Es poco. *Catar.* Mas fueran ciento.

3. O què linda patarata! pues à tres amigos, bueno, se pone à dar quatro escudos?

Enriq. Pues què quieren?

4. Hable menos, y dè mas, dè dexarà la vida con el dinero.

Catar. Dònde vàs? *Dieg.* A socorrerle.

Catar. Aguarda.

Dieg. No puedo menos, que es mi hermano, y ya la sangre le me alborota en el pecho.

Enriq. De esta manera respondo à Ladrones. *Dieg.* Cavallero, *Llega.* ànimo, que à vuestro lado estoy. *Riñen.*

Catar. Santiago, y à ellos.

1. Un rayo ardiente es la espada: huyamos tan grande rielgo.

Metenlos à cuchilladas, y salen à la ventanilla Leonarda, è Inès.

Enriq. Huid, cobardes traidores.

Leon. Inès? *Inès.* Señora?

Leon. Què es esto?

cuchilladas à mis rejas? quita allà essa luz. *Inès.* No puedo dexar de decir, señora, que has hecho notable yerro en affomarte. *Leon.* Ya sabes, que las mugeres tenemos aqueßas curiosidades, y fino ha meatido el eco, la voz de Don Diego he oido.

Salen Don Enrique, y Don Diego con las espadas desnudas.

Enriq. Obligado, Cavallero,

os estoy, pues vida, y honra à vuestro valor le debo:

Venios conmigo à mi casa, porque conocer pretendo à quien me ha dado la vida.

Dieg. Que no me conozca quiero *ap.* en esta ocasion mi hermano, porque pensará sobervio, si le hablo aora, que hago gala del merecimiento.

Enriq. De què enmudeceis? hablad.

Dieg. Tan poca fortuna tengo con vos, que si aora os digo quien soy, juzgo que os ofendo: quedaos con Dios. *Enriq.* Advertid, que he nacido Cavallero, y aunque fuerais mi enemigo, en esta ocasion, es cierto, que no puedo ser ingrato: decid quien sois.

Dieg. Aunque pienso, que con encubrirme aora mas te obligo, que te ofendo, yo soy, hermano. *Leon.* Ay, Inès, no es Don Enrique, y Don Diego los que escucho? *Inès.* Si señora.

Leon. Oye, que saber deseo la causa de esta pendencia.

Enriq. Mi hermano era, vive el Cielo, *ap.* que este enemigo no quiera dexarme! De rabia muero.

Dieg. Hermano, yo agradezco à mi fortuna haverte sido en ocasion alguna mi voluntad, y espada de provecho.

Enriq. En ira, y rabia se me abraça el pecho: pues yo le agradeciera à tu cuidado el haverme olvidado,

aunque mas el peligro me encareces.

Dieg. Y, D. Enrique, se que me aborreces.

Enriq. No te engañas. *Dieg.* Rigor estraño!

Enriq. Sirvate, pues, de aviso el desengaño, y no te pongas mas en mi presencia, que no quiero que digan en Valencia, culpando en todo las acciones mias, que te consiento haciendo picardias. No eres hijo segundo?

dexa la ociosidad, corre à vèr mundo; solo en Valencia tu aficion se encierra? no sabes, que la guerra,

ha-

haciendo de ella alarde,
la sangre alienta, que en las venas arde ?
pues cómo no te incita este cuidado ?
què hacienda, di, tus padre te han dexado ?
en què te fundas, loco, conociendo,
que te hallas en Valencia pereciendo ?
quieres dar à mi honor aqueste ultraje ?
quieres, deshonorador de mi linage,
si, con ruines intentos,
piensas cobrar de mi los alimentos ?
esto es cansarte en vano:
vamos, Octavio. *Dieg.* Aguarda, oye.

Leon. Ha tirano !

Enriq. Què me puedes querer ?

Dieg. Hablarte intento.

Enriq. Y yo pedirè al Cielo sufrimiento.

Dieg. Què razon te ha movido, ò què mal trato
para ser à mi afecto tan ingrato ?
quàndo faltè prudente

à las leyes de hermano, y de obediente ?

què tigre hircano, de matar sediento,

no corrige en su sangre su ardimiento ?

què diamante con sangre no se muève

à ceder al buril, que se le atreve ?

què Peña no enternece sus porfias

al repetido alhago de los dias ?

pues si exemplos iguales

te dan hasta los mismos animales;

pues si en los Orizontes

las piedras se enternecen, y los montes;

cómo tan inhumano

no acudes al remedio de tu hermano ?

que està sin duda alguna,

hecho escarmiento vil de la fortuna,

quando à vivir te enseña

una fiera, un diamante, y una Peña.

Pero pues lo permite el Cielo justo,

solo por darte gusto

irme à Flandes pretendo,

mejor serà que no vivir muriendo;

donde al Cielo le ruega mi cuidado,

si dà oídos el Cielo à un desdichado,

pues en todo te sirvo de embarazo,

que muera del primero molquetazo,

y ya que llego tan tirano à verte,

tus rigores se acaben con mi muerte.

Leon. Inès, sin alma estoy !

Inès. Yo enternecida

he de llorar como una desconfida.

Enriq. Aora si, que con eternos lazos
conoceràs mi amor entre mis brazos:
quàndo te piensas ir ?

Dieg. Ya solo espero,
que me des, Don Enrique, algun dinero;
pues tengo mi jornada prevenida,
con que me irè mañana.

Leon. Ay de mi vida !

Enriq. Què tanto has menester ?

Dieg. Con mil ducados
tendràn algun alivio mis cuidados;
corto he quedado, no te pido mucho.

Enriq. La paciencia me falta, què esto escucho !

Catar. Si èl se los diere, luego de repente
quiero que me la claven en la frente.

Enriq. Hay desvergüenza igual ?

Dieg. Pues dime, hermano,
si los echas al naype en una mano,
què es mil ducados en jornadas tales ?

Enriq. Pues no te bastan, di, quinientos reales ?

Dieg. De limosna era bueno.

Enriq. Què querias,
que las trampas te pague, y picardias,
que en el lugar has hecho ?

Dieg. La colera rebienta ya en el pecho;
vive Dios, que en el modo de portarte,
à ser hombre de bien puedo enseñarte.

Enriq. Què escucho ! tù me pierdes el respeto ?

Dieg. Sino fueras mi hermano, te prometo,
que aquesta espada à conocer te diera,
quien el villano en sus acciones era.

Enriq. Infame, mal nacido, tanto agravio
he de vengar en èl : dexame, Octavio.

Octav. Tente, señor.

Enriq. Tenerme es desacierto,
que he de matarle.

Catar. De hambre serà cierto.

Oye, señor cuñado,
de su hermano he nacido fiel criado,
mire bien por su vida,
que soy el que inventè la zambullida,
y ya de ejecutarla tengo asomos,
aunque lloviera el Cielo mayordomos.

Enriq. Por no manchar mi acero
os dexo. *Leon.* Què inhumano !

Inès. Què grosero ! (dos)

Enriq. Si entras mas en mi casa, ha è que osa-
te baxen la sobervia mis criados.

Diego. De tu rigor, à mi paciencia apelo.

Enriq.

Enriq. De hipocresías no se paga el Cielo:
vamos, Octavio; quedate, enemigo,
de una vez sin hermano, y con castigo.

Catar. Oyes, vele à dar socorro, (*Panse.*
porque es tu hermano mayor:
no fuera mucho mejor,
que le dieran en el morro?

Leon. Su pena en el alma siento;
ay, Don Diego! *Catar.* Vive Dios,
que parecemos los dos
figuras de paramento;

dexa, por Dios, la mohina;
y pues de casa te arrojan,
vamos à que nos recojan
los Niños de la Doctrina:
si tu hermano te atropella,
quién nos ha de socorrer?

Dieg. Esto, Catarro, es nacer
un hombre con mala estrella:
desde luego que nació
esta mi fortuna fue.

Leon. Y yo mi muerte busqué
desde el punto que te vi.

Dieg. Mañana pienso partir
de Valencia. *Catar.* Solo quiero
preguntar, con qué dinero?

Dieg. La joya podrá servir,
que aquel enigma divino
me embió.

Catar. En lo cierto dás,
y en lo que intentando estás
no vás fuera de camino;
ya siento lo que se tarda
la jornada. *Leon.* Yo la lloro.

Dieg. Yo, siento, porque la adoro,
ausentarme de Leonarda:
ò si escuchàra mis males,
pues tanto mi bien limita,
la fortuna que me quita
el adorar sus umbrales!
Catarro, (ha Cielos divinos!)
qué harà mi Leonarda, di?

Catar. Estará pensando en ti
como aora llueven pepinos.

Dieg. A Dios, hermosa homicida,
imposible à mi dolor.

Leon. Eso no, porque el amor
te estorvarà la partida.

Dieg. Que de su vista adorada

me ausente yo (ha pena fiera!)

Leon. Que yo en la joya le diera
alas para la jornada!

Dieg. Pero ya no hay otro medio.

Leon. Pero yo lo enmendaré.

Dieg. Remedio à todo pondré.

Leon. A todo pondré remedio.

Dieg. Vamos, porque prevenida
estè mañana mi ausencia.

Leon. O no te iràs de Valencia,
ò me costará la vida. (*Panse.*

Salen D. Enrique, D. Luis, y D. Rodrigo.

Enriq. Qué me puede suceder
bueno con tal porfiar?

quando podrè yo ganar
lo que he llegado à perder?

Mal haya el maldito juego,
y quien con èl me ha metido,
pues por èl solo he perdido
la hacienda, con el folsiego.

Rod. Dexad, amigo, el pesar,
que otro día ganareis.

Luis. Si porfiáis, vos vereis
como bolveis à ganar.

Enriq. Ya mi fuerte està resuelta,
y nada le satisface.

Rod. Callad, que todo lo hace
andar solo un mes de buelta.

Luis. Qué hombre de bien puede estàr,
si llega tanto à perder,
con alegría, hasta ver
si se puede desquitar?

Rod. Eso os dice mi cuidado.

Luis. Por Dios, que sois mozo cuerdo.

Enriq. Qué tengo de hacer, si pierdo
lo poco que me ha quedado?

Rod. Puedo saltaros yo à vos?
eslo es dudar de mi fe.

Luis. Toda mi hacienda os darè.

Enriq. Sois mis amigos los dos.

Rod. Pierda, pues sobervio es: (*ap.*
humille su vanidad.

Enriq. Ya sè, que en vuestra amistad
no hay engaño, ni interés.

Rod. Como os và con la privanza
de Doña Clara la bella?

Enriq. Pues sino fuera por ella,
qué fuera de mi esperanza?

Luis. Pues, Don Enrique, à Leonarda

no tuvisteis ciego amor?

Enriq. Cansème de su rigor.

Rod. Ella es hermosa, y gallarda.

Enriq. Ya estoy pobre, y solícito

dexarla, que bien podrè,

pues dár en seguirla fue

de la ociosidad delito.

Doña Clara me ha querido

siempre, es noble, rica, y bella,

y casandome con ella

restauraré lo perdido.

Rodr. En fin, vuestro hermano està

fuera de casa? es rigor.

Luis. Oy le he visto de color,

à Flandes diz que se vâ.

Enriq. Que se vaya solícito.

Rod. Tanta estrañeza es exceso.

Enriq. Vayase à Flandes, con esso

de sustentarle me quito.

Sale Inès con manto.

Inès. Mi señora me ha mandado,

que sin detenerme luego

este papel dê à Don Diego,

y todo el lugar he andado:

pero aqui su hermano està,

y sus amigos; què harè?

de alguno me informaré,

y señas de èl me darà:

è, ha Cavallero? *Rod.* Es à mi?

Enriq. Conoceisla? *Rod.* No, por Dios.

Enriq. Pues lleguemonos los dos;

mi pena divierto así:

què nos mandais, Dama bella?

Luis. No traveis conversacion,

pues sabeis su condicion,

dexadlo solo con ella.

En esta esquina aguardemos

mientras habla à la tapada;

qualquiera muger le agrada. *Vase.*

Rod. Son notables sus extremos. *Vase.*

Enriq. Ya estais sola, y à mi ruego,

que os descubrais serà bien.

Inès. No os bulco à vos.

Enriq. Pues à quièn?

Inès. A vuestro hermano Don Diego.

Enriq. Debeos algo?

Inès. Bien le apoya

la sangre que tiene clara.

Enriq. Como es tan ruin, no estrañara,

que fuera alguna tramoya:

sois su Dama?

Inès. Yo os confieso,

que es de mayor gerarquía.

Enriq. Es hermosa? *Inès.* Como el día.

Enriq. Pues yo os he de ver por esso.

Và à descubrirla, y sale Doña Clara

con manto.

Clar. De mi amante cuidadosa,

pues à verme no ha venido,

estos dias he salido

à buscarle yo zelosa,

de mi casa disfrazada;

pero en valde es mi cuidado,

en la fuya le he buscado,

y buelvo desesperada

sin haver:- pero què miro!

esto, Cielos, llego à ver!

solo, y con una muger!

de mi paciencia me admiro! *Llega.*

Con licencia de esta Dama,

hablaros aparte quiero

dos palabras, Cavallero.

Inès. Id, que esta señora os llama.

Enriq. Ya la obediencia es forzosa.

Clar. Esto encubierto tenia?

Inès. Si son zelos, Reyna mia,

aqueste galan no es cosa.

Clar. Yo no os pido cuenta à vos.

Inès. Hace muy bien su mercè;

luego la buelta darè,

quedaos, D. Enrique, à Dios. *Vase.*

Enriq. Què mandais?

Clar. Que he de mandar,

viendoos tan bien ocupado?

Enriq. No era cosa de cuidado.

Clar. A mi me lo puede dar.

De rabia, y de zelos muero: *ap.*

ò, acabe ya à mis suspiros!

Enriq. Què es lo que quereis?

Clar. Deciros,

que sois un mal Cavallero.

Enriq. Quièn, señora, os irritò?

de què estais tan enojada?

quièn sois, hermosa tapada?

Clar. Quièn puede ser sino yo?

Descubrese.

Enriq. Dueño mio, Doña Clara,

tù en este trage? què miro!

tù disfrazada, mi bien?
 ò bien haya el defaliño
 cortefano, pues te muestra
 hermosa sin artificio!
 bien haya mi amor. *Clar.* Tened,
 no con amoroso estilo
 desmientan vuestros afectos
 tantos alevos indicios.
 Yo os buscaba, no lo niego;
 muy tierno estais, ya lo he visto,
 muy amoroso: ha traidor!
 en vano mi quexa ha sido;
 porque estar un hombre mozo
 con una Dama muy fino
 en la calle, claro està,
 que no es tan grande delito;
 esto se acabò. *Enriq.* Señora,
 sabe el Cielo, èl es testigo,
 de que esta muger buscaba:-
Clar. Satisfacciones no pido.
Enriq. A mi hermano.
Clar. Eflo es engaño.
Enriq. Si no es verdad:-
Clar. Mas me irrita.
Enriq. Plegue à Dios:-
Clar. No, no jureis.
Enriq. Que el Cielo:-
Clar. Ofenderle ha sido.
Enriq. Me falte:-
Clar. De rabia muero.
Enriq. Si mi amor:-
Clar. Etnas respiro.
Enriq. No os adora.
Clar. Suelta, ingrato.
Enriq. Aguarda. *Clar.* Muriendo vivo.
Enriq. Solo tù, señora:- *Clar.* Es falso.
Enriq. Pudieras:- *Clar.* Es desvario.
Enriq. Ser el dueño:-
Clar. Què crueldad!
Enriq. De mi aficion.
Clar. Què martirio!
 suelta, aleve; y pues mi amor
 se lo tiene merecido,
 muera yo de lo que peno,
 pues peno de lo que vivo. *Vase.*
Salen Don Rodrigo, y Don Luis.
Rod. De què dais voces? *Enriq.* Ahora
 con la Dama que os llamò,
 Doña Clara hablar me viò.

Luis. Lo que os muele essa señora!
Rod. Ya yo la huviera dexado.
Enriq. Dexarla, amigos, recelo,
 que es rica, y este consuelo
 en mi ruina me ha quedados
 que tuvo razon confieslo.
Luis. Y vos disculpa tambien.
Enriq. Dexad que la siga.
Rod. Y bien,
 para què os matais por esso?
Luis. Vamos, Don Enrique, al juego,
 à ver si os dice mejor.
*Salen Don Diego, y Catarro con botas,
 y espuelas.*
Catar. Gracias al Cielo, señor,
 que Soldado à verme llego;
 pero aqui tu hermano està,
 y muy bien acompañado.
Luis. No es D. Diego el que ha llegado?
Enriq. Risa à todo el Pueblo dà.
Rod. A hablarle podreis llegar;
 galan viene, y satisfecho.
Enriq. Para vestirse havrà hecho
 mil trampas por el Lugar.
 Vamos de aqui: ciego estoy!
 hay desvergüenza mas rara!
 delante de mi se para;
 por no mirarle me voy,
 que me causa gran mohina. *Vanse.*
Dieg. Galan estás. *Catar.* Extremado:
 poco havrà, que soy Soldado,
 y tengo una hambre canina.
 La joya nos diò consuelo,
 ella estas galas apoya;
 fino fuera por la joya,
 nos quedabamos en pelo.
Dieg. Ella fue el norte, y la estrella
 la Dama que la embiò.
Catar. La vieja que te la diò,
 se hallaba muy mal con ella.
 O vieja de gusto eterno!
 ò vieja, que el serlo sobra!
 plegue à Dios, que aquesta obra
 te remoce en el Infierno.
Sale Inès tapada.
Inès. Gracias à Dios, que con èl
 mi diligencia ha encontrado;
 todo el Lugar muerta he andado
 por darle aquesta papel.

Catar.

Catar. Dama, que venís andando
con ademán, y sosiego,
à quién buskais? *Inès.* A D. Diego.

Catar. Señor, aquí andan buscando.

Dieg. Es à mi, señora? *Inès.* A vos:
este callando hablarà.

Dale un papel.

Catar. Hasta aora bueno và;
joya tenemos, por Dios.

Dieg. Si es del enigma divino?
con gusto le abre mi amor.

Catar. Como ya estás de color,
te querrà ver de camino.

Inès. Pienso, que en lo cierto dás,
lo demás podrá él decirte.

Catar. Sin duda quiere estreñirte,
sabiendo de que te vās.

Inès. Ella el papel escribió.

Dieg. Toda mi atencion es fuya.

Catar. Y dime, por vida tuya,
no traes otra cosa? *Inès.* No.

Catar. Por Dios, que la has hecho buena;
pues con esso te venias,
quando entendí, que traías
un joyel, ò una cadena?
Vaya la picara à dar
papeles à quien los quiera;
por cumplimiento pudiera
traerle un dexame entrar:
un diamante, sea el que fuere,
me dè.

Inès. Tu codicia apoyas.

Catar. Si nos ha enseñado à joyas,
no lo he de sentir? qué quiere?
Pero pues galan estoy,
y ya mi amor se declara,
deme un bamboleo de cara.

Inès. Mala para vista soy;
pero:- *Catar.* Dexa los desdenes,
aquí para entre los dos.

Inès. Vélme aquí. *Descubrese.*

Catar. Fuego de Dios,
qué maldita cara tienes!
Jesus, qué figura rara!

Inès. La escupe? *Catar.* Mal alma tienes;
es posible, que se viene
sin joya, y con essa cara?

Inès. Yo sè, que aunque me maltrata,
que me quiere bien.

Catar. La adoro;
si usted truxera algun oro,
viniera como una plata.

Dieg. Decidle à vuestra señora,
que la obedece mi vida;
y que aunque ya mi partida
estaba dispuesta aora,
por oy suspenderla quiero,
aunque mañana me irè,
que aunque tan forzosa fue,
es darla gusto primero.
En el puesto que decis
aguardaremos los dos.

Catar. A Dios, Angelito.

Inès. A Dios,

yo verè si lo cumplis. *Vase.*

Catar. Qué te dice essa muger?

Dieg. A solas me quiere hablar.

Catar. Mucho me dà que pensar;
un tigre debe de ser.

Dieg. Qué querrà quando mi estrellz
mi ausencia infeliz apoya?

Catar. Querrà pedirte la joya,
y mas los reditos de ella.

Dieg. No apures mi sufrimiento:
qué necio tu humor està!

Catar. Cómo que no? quánto và,
que te pide à diez por ciento?

Dieg. Ven, Catarro, que mi amor
diferente estrella figue.

Catar. Quando por ella te obligue,
di, que soy tu fiador. *Vanse.*

Salen Leonor, è Inès con mantos.

Leon. Que le hablaste? *Inès.* Si señora,
y esto por respuesta dà.

Leon. Que, en fin, à verme vendrà?

Inès. A las ocho, que es la hora
señalada entre los dos.

Leon. Plegue à Dios, que venga, *Inès.*

Inès. El es bizarro, y cortès;
mas no me diràs, por Dios,
en casa de Doña Clara,
qué intenta tu desvario?

Leon. El pecho, y alma te fio,
escucha una industria rara.
Hablar en mi casa, *Inès,*
à Don Diego, fuera error,
que la sabe, y en rigor
me conocerà despues.

Negarte, que yo le adoro,
pues lo sabes, es quimera;
pero mayor daño fuera
aventurar mi decoro.

Y en lo que mas me acobardo,
para seguir mis intentos,
es aguardar por momentos,
Inès, al Conde Ricardo,
que viene à ser mi marido:
mis deudos por darme estado
el casamiento han tratado,
aunque à mi disgusto ha sido.

Yo, en fin, viendo que mi amor
crece de mi llama al fuego,
y que yendose Don Diego,
queda eterno mi dolor:
mientras el Conde no llega,
y mi corazon se abrasa,
hablarle quiero en la casa
de mi prima, amante, y ciega.
Sin luz, Inès, aseguro,
que no me conocerà;
en la casa no caerà,
con que todo està seguro.

Diràs tù, que Doña Clara,
si à Don Diego llega à ver,
le podrà, Inès, conocer,
cosa que à mi me pesàra.
Pero mi amor advertido
un dia le preguntò
por èl, y señas me diò
de no haverlo conocido.
Y à creerlo me ocasiona
ver lo mal que me ha tratado
su hermano, y haver llegado
poco havrà de Barcelona.

Inès. Todo, señora, està bien:
què es lo que intentas aora?

Leon. Ver si Don Diego me adora,
ò si muero à su desden.

Inès. Eflo ya està conocido,
señas de adorarte dà.

Leon. No ves, que tambien està
de mi misma agradecido,
fin saber, Inès, que fui
quien la joya le embiè?
pues esse mi intento fue
ver si me quiere por mi.

Inès. Si en nombre de la tapada

le llamas, no fuera error
decir que te tiene amor?

Leon. Eflo no me importa nada,
y à mi intento no desdice,
que aunque èl discreto andarà,
sè yo, que me lo dirà
el modo con que lo dice:
no estaba de color? Inès. Si:
què quieres, dime, intentar?

Leon. Inès, no hay sino callar,
y dexarme obrar à mi.

Sale Doña Clara.

Clar. Prima mia, en este instante
una criada me dixo,
que estabas aqui, y al punto
à buscarte mi amor vino;
tù seas muy bien llegada.

Leon. A mi fortuna le estimo
hallarte en casa, pues logro
la dicha de haver venido;
aunque, si he de hablar verdad,
juntamente solícito
darte cuenta de un cuidado
que à tus ojos me ha traído,
y tù remediarle puedes.

Clar. Ya es el dudarle delito,
quando sabes que:- Leon. Por effo
de ti, prima, me he valido.
Sabe, que el Conde Ricardo
ayer à Valencia vino.

Clar. Què dices? el que ha de ser
esposo tuyo? Leon. Esse mismo.

Clar. Pues effo te dà cuidado?

Leon. Con mucha atencion le he visto,
y es en extremo galan,
bizarro, airoso, y lucido,
de linda persona, y talle.

Clar. De effo me huelgo infinito;
pues yo, què tengo que hacer,
si tantas partes me has dicho?

Leon. Mira, como el matrimonio
es lazo estrecho (bien finjo) *ap.*
que dura toda la vida,
quisiera:-

Clar. Habla, prima, dilo.

Leon. Saber si el Conde Ricardo
es afable, y entendido;
porque si su condicion
es contra lo que te he dicho,

casarme con él será
del alma fiero martirio:
bien se encamina mi engaño. *ap.*
Clar. Prima, no tienes oídos?
hay mas que hablarle?

Leon. Mi amor
eslo à suplicarte vino:
quisiera hablarle en tu casa;
con que dos cosas consigo,
ver su entendimiento, y que él
no sepa donde ha venido,
pues ya le han dicho mi casa.

Clar. Qué he de hacer, Cielos divinos?
que puede ser, que mi amante *ap.*
cuidadoso, y advertido
de los zelos que me dió,
venga esta noche rendido
à darme satisfaccion.
En qué ciego laberinto,
por un antojo liviano,
esta muger me ha metido!

Leon. Qué respondes?

Clar. Que me trates
no como quien te ha querido,
y desea que la mandes.
Responderte era delito,
dueño de mi casa eres,
consultalo allá contigo.

Leon. En nuevas obligaciones
pones el afecto mio;
quitame esse manto, Inés,
y vé à hacer lo que te he dicho.

Inés. Ya voy. *Vase.*

Clar. Yo con tu licencia
allà dentro me retiro;
voy à que prevengan luces,
y yo misma solicito
traerlas, que à mis criadas
no es bueno darlas indicio
de que entra hombre en mi casa.
I me aora determino, *ap.*
porque si viene mi amante
remedie tantos peligros. *Vase.*

Leon. Ay de mí! que à Doña Clara,
que no traiga luz no he dicho;
yo voy bolando à avisarlas;
pero ay Dios! que siento ruido,
y es Don Diego que ya llega;
mas es vano el temor mio,

que, claro está, que mi prima
havrà mi intento entendido.

*Sale Inés, y trae de la mano à Don
Diego, y Catarro.*

Inés. En esta quadra os espera.

Catar. Mejor dirás en el limbo,
pues no somos inocentes.

Leon. Es Don Diego?

Dieg. Es quien ha sido
infeliz, pues le quitais
la gloria de haveros visto.

Leon. Muy ingrato haveis andado,
pues quando me inclino à vos
os ausentais.

Dieg. Pues por Dios,
que en vos tengo mi cuidado,
à vos por dueño os aguarda
la dicha, que mereci.

Leon. Pues me havian dicho à mí,
que amabais cierta Leonarda.

Dieg. Vanos son vuestros recelos,
à vos por dueño os señalo:
miente la lengua. *ap.*

Leon. No es malo, *ap.*
que yo de mí tenga zelos.
Dicen, que sois muy humano:
mal esta pena resisto: *ap.*
mas, ay de mí! luz he visto,
no fue mi recelo vano.

Dieg. Pues de qué os turbais así?

Leon. O lo qué causa un error!

Catar. Joya tenemos, señor.

Leon. Don Diego, quedaos aquí,
que yo bolveré al instante,
y de espacio me vereis:
ven, Inés. *Dieg.* En mí teneis
un esclavo, y un amante.

Vanse las dos.

Esta muger, qué pretende,
quando verla solicito?

Catar. Bolverà de Fraylecito,
porque yo pienso, que es duende.
Pero una luz he mirado,
y àzia aquí viene, señor.

Dieg. Ella será, ya mi amor
todo su intento ha logrado.

Catar. Y no es vieja, vive Christo.

Sale Doña Clara con una luz.

Clar. Luz traigo à mi prima aora:

ha

ha venido? *Dieg.* Ya, señora,
he logrado haveros visto:
mal á mi amor corresponde
quien su vista niega así:
vos sois el dueño:-

Clar. Ay de mí! *ap.*
este fin duda es el Conde.

Dieg. Al alma tormento dais,
ya esta dicha se logró.

Clar. Ciego estais, mirad, que no
soy la Dama que buscáis.

Dieg. Pues esto negar quereis,
quando estoy tan obligado
de vos, y me haveis llamado,
negais que me conocéis?
En vuestra respuesta aguardo
el credito de mi fe:

no sabéis quien soy? *Clar.* Ya sé,
que sois el Conde Ricardo,
que á Valencia haveis venido
á casaros de amor preso:
mas no se sigue por esto,
que yo esta Dama haya sido.

Dieg. Mas acrecentais mi duda,
señora, con responder:
no escuchas?

Catar. Esta muger *ap.*
borracha viene sin duda.

Dieg. Si os burlais, por vida mía,
que haceis mi pena mayor.

Catar. Aguarda, dila, señor,
que te llame señora. *Llaman.*

Clar. Llamar á la puerta oí,
pues sois discreto, y galan,
aquestos golpes que dan,
del dueño son (ay de mí!)
de esta casa; y así os ruego,
que aqui dentro os escondais,
pues con hacerlo le dais
alivios á mi sosiego.

Dieg. Teneis dueño? *Clar.* Puede ser.

Catar. No se quejará de vicio.

Clar. Escondéos aprieta.

Dieg. El juicio *Escondense.*
me apura aquesta muger.

Clar. A abrir á mi amante voy,
que quien duda, que él será,
que arrepentido vendrá
á darme:- quien es? *Llaman.*

Sale Octavio.

Octav. Yo soy.

Clar. Qué es esto, Octavio?

Octav. Señora,

Don Enrique me mandò,
que viniese luego yo
á decirte, como aora
es imposible venir,
que queda perdiendo mucho;
pero que luego:-

Clar. Qué escucho!

Octav. No dexará de acudir
á verte, y desenojarte
de los zelos que te diò.

Clar. Que no venga quiero yo. *ap.*

Octavio, al momento parte,
y dile á aqueste traidor
(el corazon se me abraza!)

que haga cuenta, que esta casa
no la conoce su amor,
que no tiene á què venir.

Octav. Es hacerle mucho agravio.

Clar. No me repliques, Octavio,
esto le puedes decir.

Vase Octavio.

Ya el lance no me acobarda,
pues sin embarazo estoy:

què aguardo? á avisarle voy,
que aqui está el Conde
á Leonarda. *Vase, y dexa la luz.*

Al paño Leonarda.

Leon. A mi prima no he encontrado,
sola esta sala á ver llevo. *Sale.*

Sin duda Inès á Don Diego
cuidadosa havrà sacado:

què un error haya podido
mi engaño desvanecer!

Al paño Dieg. Desde aqui procuro ver,
pues ha cessado ya el ruido,
el logro de mi deseo.

Sola está, salir aora

quiero, y hablarla. Ya, señora:-*Sale.*
mas, Cielos, què es lo que veo! *ap.*

Leon. Ay, Dios! la engañada he sido *ap.*
quando le pensè engañar.

Dieg. Qué es lo que llevo á mirar!

Leon. Sin duda estaba escondido;
mas disimular importa.

Dieg. Qué pretende mi fortuna!

Leon.

Leon. Què es esto, señor Don Diego?
en esta casa què busca
vuestra atencion?

Dieg. Mal la lengua *ap.*
las palabras articula:
pues conocí à la tapada,
no ha de negar mi ventura
lo que à esta Dama le debo.

Leon. Pues decidme, què procura
vuestro engaño? *Dieg.* Como yo
señora, no he visto nunca
esta Dama, que decís,
agradecimientos usa
la voluntad, mas no amor,
solo en vos tiene disculpa
el alma.

Leon. Que, en fin, me amais?

Dieg. Como al Sol la noche obscura.

Leon. De veras? *Dieg.* Digalo el alma.

Leon. Cierto?

Dieg. En esto poneis duda?

Leon. Pues haveis errado el lance.

Ved, que esta Dama os escucha,
y son injustos los celos,
y es mi amiga, y sè que os busca,
solo para que no os vais:
està muy tierna, y procura
deteneros, y si yo
puedo con vos cosa alguna,
que no os vais, por ella, os ruego.

Dieg. Por daros gusto se escusa
mi jornada, no por ella.

Leon. Por mi? si esto os atribula,
desde luego os podeis ir.

Dieg. Si, ya sè que de ello gusta
vuestra amistad, yo me quedo;
mas sabed (ha pena injusta!)
que sois el dueño que adoro.

Leon. Y la tapada?

Dieg. Eflo es burla.

Leon. No la quereis?

Dieg. No señora.

Leon. Què aquesto mi engaño sufra! *ap.*
què yo misma me dè celos!

Dieg. Ay, Amor! mucho te encumbras.

Leon. Ay, Amor! mucho te abrasas. *ap.*

Dieg. Ay, alma! mucho te apuras. *ap.*

Leon. Como Leonarda me quiere, *ap.*
como tapada procura

obligarme, con entrambas
à un tiempo finezas usa:
yo vine à defengañarme,
y llevo mayores dudas:
id con Dios.

Dieg. Guardeos el Cielo;
no tendré esperanza alguna,
fiquiera una vez de veros?

Leon. Con ella me vereis muchas:
Amor, què es lo que pretendes?

Dieg. Amor, què es lo que procuras?

Leon. Corazon, ya te han rendido,
Don Diego tu aliento turba,
no es mucho que te despeñes,
pues tu precipicio buscas.

Dieg. Amor, yo he de posfiar
hasta que advierta mi duda,
si caben en un sugeto
amor, pobreza, y fortuna.

JORNADA TERCERA.

Sale Don Diego de color.

Dieg. A què havrà fucedido
lo que por mi està passando,
fin que el mas sutil discurso
no se pierda en el cuidado?
Què enigmas, Cielos, son estas?
què ilusiones, ò què encantos,
pues yo, aunque llevo à sentirlos,
nunca à entenderlos alcanzo?
No hablè à la tapada? Si.
No la hablè con luz? Es claro.
No vi à Leonarda? Tambien.
Como, Cielos soberanos,
haviendo hablado con una,
ambas à dos me negaron?
Vive Dios, que no lo entiendo!
discurso, detèn el passo,
porque llegar à entenderlo,
es camino de dudarle.

Sale Catarro muy de priessa.

Catar. Sudando vengo, por Dios:
es possible que te hallo,
señor, despues de seis horas
que ha que te busco?

Dieg. Catarro,
còmo vienes tan de priessa?

què

qué hay de nuevo?

Catar. Hay cuentos largos;
mas no los puedo decir,
que harlo te importaba darlos
por sabidos: Dios de mi alma,
lo que te importa!

Dieg. Borracho,
habla ya, ò viven los Cielos,
que te dè de cintarazos.

Catar. O quièn fuera el de las aguas,
para llenar doce vasos
de una vez en doce cosas!
señor, que contarte traigo
de diferentes colores.

Dieg. Qué aguardas? habla, villano,
ò vive Dios:-

Catar. Pues escucha.

Dieg. Ya te atiende mi cuidado.

Catar. Ya sabes, que soy galan,
y que à mi talle, y mi garvo
fue niño de teta aquel
famoso Arias Gonzalo.
Esto supuesto que es cierto,
ya sabes, que anoche entrambos
nos escondimos; que tú,
sin hacer en mi reparo,
escondido me dexaste:
aora vamos al caso.
Inefilla, cierta moza
(que importa mucho al recato
de las Damas encubrir
el nombre, mas ya lo callo,
porque puedes conocerla)
conmigo se ha declarado:
y como la pobre lucha
con pensamientos tan altos,
temo que venga à perder
el juicio, por mis pecados.
Yo tambien la correspondo
entre desdenoio, y blando,
ni bien fuyo, ni bien mio,
ni bien fino, ni bien falso;
pero lo merece Inès,
que à no tener, yo hablo claro,
de chismosa unos asomos,
y de facil unos rasgos,
ser fea por el principio,
y ser necia por el cabo;
à no calzar la muchacha

quince puntos de zapato,
ser defaliñada, y puerca,
fuera la Inès un milagro.
Finalmente, mi Don Diego,
la moza que te he pintado,
he sabido, que es criada
de aqueste hermoso milagro,
que por brujula te embia
las joyas, y los regalos.
Y hablando de su señora,
Inefilla me ha contado,
que el dueño de aquella casa,
la tapada, ò el encanto,
que te busca, señor, y
que nos ha vestido à entrambos,
es Doña Clara de Borja,
con que su sangre no es barro,
su hermosura la que sobra,
su renta seis mil ducados,
sus joyas, ya las has visto.
A questo le di à tu amo,
dixo Inès, y me vaciò
por cierto postigo falso.
Esto, Don Diego, he sabido;
pues, dime, hombre de los diablos,
aora buscas Leonardas,
quando yo, siendo Catarro,
en la tapada, señor,
tomè:- claramente te hablo.
Agarrate de esta Clara,
que es la que te està adorando;
diganlo tantas finezas,
joyas, favores, regalos,
como à esta muger le debes.
Hombre, estás endemoniado?
Seis mil de renta no estima
quien no tiene unos zapatos?
Còmo, di, tu chimenea
los humos no te ha baxado?
Eres mas de un escudero
de Don Enrique tu hermano,
que nunca has tenido uno
entre los sueltos cavallos?
Esta es ya resolucio:
señor Don Diego, casaos,
ò vive Dios, que si yo
à reduciros no basto,
que me he de casar con ella:
harto os he dicho, miradlo.

Dieg.

Dieg. Ay, Catarro! mi dolor
tiene mi esperanza en calma:
si à Leonarda he dado el alma,
què culpa tiene mi amor?
No hay en mis desdichas medio:
si tù con tal ceguedad,
ignoras mi enfermedad,
para què me das remedio?
De Doña Clara no olvido
las finezas, y el cuidado;
alli me hallo enamorado,
y aqui solo agradecido.
Luego la pena que siento,
todos diràn, que es mejor
hacer lugar al amor,
y no al agradecimiento.
Nada à mi amor satisface,
argos de Leonarda soy:
ay, Catarro, que ya estoy
muerto!

Catar. Requiescat in pace.

Señor, por amor de Dios,
que esto es quedarle à la Luna;
pues no te hallas bien con una,
à la vista tienes dos.
A Leonarda sigue en vano,
asì à ser dichoso vienes;
casate luego, pues tienes
el casamiento en la mano.
A Clara, si habla verdad,
no desobligarla es treta,
que puede servir si aprieta
mucho la necesidad.
En lo que intentas repara,
no hagas de tu dicha tema,
porque à falta de la yema
no es mala, señor, la Clara.

Dieg. Ningun consejo me des,
pues ignoras, en rigor,
que no es amor el amor,
que conoce el interès.
Y asì, pues que de color
andamos por el lugar,
y me lo han de murmurar,
la ultima prueba mi amor
quiere hacer, pues mi partida
abreviarè de esta suerte,
ò bien para hallar la muerte,

ò para cobrar la vida.

A vèr à Leonarda irè,
anoche en casa la vi
de Doña Clara, y alli
mi pasiòn la declarè:
y ella, dexando el rigor,
me respondiò, que no oia
la Dama que me queria.

Catar. Vès como es Clara, señor?

Por Dios, que es tu humor extraño;
à Leonarda quieres vèr
en su casa? *Dieg.* Irè à saber
de mi amor el desengaño.
Si ella aumenta sus enojos,
mañana pienso partir.

Catar. Al fin, yo lo he de decir
con lagrimas en los ojos:
ya callartelo es en vano,
fortuna ha sido cruel;
has de saber, que la piel
diò Don Enrique tu hermano.

Dieg. Pues què ha muerto?

Catar. Si señor,

llorando à decirlo llego,
hizolo cosa de juego,
y fue el naype su Doctor:
y lo siento, vive Dios,
por lo mucho que nos daba,
que era un santo, y nos trataba
como esclavos à los dos.
De ti se acordò, aunque malo,
para que no formes quexa,
Don Diego, porque te dexa
unos estrivos de palo.
Era buen mozo el cuitado,
y muriò tan penitente,
que juzgo piadosamente,
que el diablo se lo ha llevado.

Dieg. Que tenga paciencia yo,
siendo tu humor conocido!

Catar. No ha muerto, mas ha perdido
todo quanto Dios le diò.

Salen Don Enrique, y Octavio.

Enriq. Què dices de mi fortuna?

Of. Que el castigo al mundo has dado.

Enriq. Octavio, en un desdichado
no permanece ninguna.

Catar. Tu hermano es, que à consolarle

- vayas luego te prevengo.
Dieg. Vèn, Catarro, que no tengo
 animo para escucharle. *Vanse.*
Enriq. Ay de mi!
Ofav. No ha sido en vano,
 que padezcas pena tal,
 si reparas en lo mal,
 que lo has hecho con tu hermano;
 aun mayor daño recelo.
Enriq. Mas quando estoy destruido?
Ofav. Si señor, porque este ha sido
 justo castigo del Cielo:
 ya tan pobre à verte llego,
 que no tienes que comer,
 què es lo que intentas hacer?
Enriq. En esta casa de juego,
 à donde tantos testigos
 de mi mal vienen, y vèn,
 pienso que jugando estin
 mis dos mayores amigos,
 de quien mi ruina à nacido.
Ofav. Que te socorran les di.
Enriq. Ya vienen, Octavio, alli.
Ofav. Harta amistad te han debido:
 con muchos mirones vienen,
 que es señal de haver ganado.
Enriq. A muy buen tiempo he llegado,
 ya mis esperanzas tienen
 algun alivio por oy:
 Octavio, vente tràs mi,
 retiremonos de aqui. *Retiranse.*
Salen Don Rodrigo, Don Luis, y
dos Mirones.
Luis. A nadie barato doy.
Rod. No he dado barato allà?
 què es lo que quieren aqui?
 1. No me le ha dado ustè à mi.
Rod. En valde es cansarse ya.
Luis. Jesus, la gente que carga!
Rod. Denos barato à los dos,
 pues en duda, sabe Dios,
 que juzgue la suerte larga,
 quando le embocò las trece,
 que lo dexò palpitando.
Luis. Ya yo me voy enfadando.
 1. Bien el barato merece,
 quien en muchas ocasiones,
 que à la errona usted paraba
- muy largo, le encomendaba
 con sus pobres oraciones.
 2. El contador es primero.
 1. A mi, que el tahir llevè.
 2. Yo una fuerte condenè,
 que importò todo el dinero:
 con un doblon me contento.
 1. Yo con menos, si, por Dios.
Rod. Vèn aqui para los dos
 (de risa, Don Luis, rebiento!)
 ocho reales.
 2. Me acomodo.
 1. Yo no, aunque mas me rueguen:
 plegue à Dios, que quando jueguen,
 que las pierdan hasta el codo. *Vanse.*
Ofav. Aora puedes llegar.
Rod. Què decis de estas razones?
Luis. Que solo por los mirones
 tengo el juego de dexar.
Rod. Polillas son, vive Dios.
Enriq. La en hora buena os darè, *Llega.*
 amigos, porque ya sè,
 que haveis ganado los dos:
 mi mayorazgo he perdido,
 con vosotros lo he gastado,
 pues los dos haveis ganado,
 que me socorrais os pido:
 su buena fortuna alaba
 quien por amigos os tiene.
Luis. Con buen despacho se viene.
Rod. Esto solo me faltaba.
Enriq. Pues veis mi mucha afliccion,
 socorredme, Don Rodrigo:
 què decis, no hablais?
Rod. Amigo,
 llegais à mala ocasion;
 que os sirviera mi cuidado
 con afecto verdadero,
 mas le debo al Garitero
 dinero, que me ha prestado
 de un abono que perdì,
 que pagasse no dilata,
 y voy un poco de plata
 à desempeñar; y asì,
 pues haveis llegado tarde,
 nada aora os puedo dar,
 porque primero es pagar:
 Don Enriqué, Dios os guarde. *Vase.*
Enriq.

Enriq. Vos, D. Luis (de rabia loco *ap.*
estoy ! quièn tal escuchò ?)
què me respondeis ?

Luis. Que yo
nada os puedo dar tampoco;
y disuadiros pretendo
de peticiones iguales,
porque mas de dos mil reales
de rifas estoy debiendo,
y de barajas tambien:
perdonad respuesta igual,
que no he de hacerme à mi mal,
por haceros à vos bien. *Vase.*

Enriq. Còmo (ay Dios !) no me enagena
mi locura, y mi furor ?
poco le debo al dolor,
pues no me ha muerto la pena.
O pesa::: *Oñav.* Señor.

Enriq. Oñavio,
ya no hay en mi resistencia:
quièn ha de tener paciencia
para escuchar este agravio ?

Oñav. La cordura, y la templanza
el cuerdo tener procura.

Enriq. Pues còmo ha de haver cordura,
que sufra tanta mudanza ?
Que oy pobre se llegue à ver
quièn tan rico ayer estaba !

Oñav. El tiempo todo lo acaba.

Enriq. Podrè paciencia tener,
viendo tanta falsedad
en mis amigos, Oñavio ?

Oñav. La pobreza, y el agravio
no hallan segura amistad:
este exemplo lo declara.

Enriq. Ay de mi ! en vano me aliento,
verme en este estado siento,
no por mi, por Doña Clara.
Ya no es posible llegar
à ponerme en su presencia,
precisa ha de ser mi ausencia,
mi amor puede perdonar.
Ya no, Oñavio, de mi daño
en parte no formo queja,
porque aunque tarde, me dexa
escarmiento el desengaño. *Vanse.*

Sale Doña Clara con manto.

Clar. Decid, que se aguarde el coche,

que poco estarè con ella.
A ver à mi prima vengo,
para ver quando concierto
su casamiento, pues ya
el Conde llegò à Valencia,
y yo misma le vi anoche;
con que à un tiempo mi fineza
le pagará la visita,
y dará la en hora buena.

Salen Don Diego, y Catarro.

Dieg. Temblando llego, Catarro,
que estas paredes me enseñan
respeto, y los yerros mios
estos balcones me acuerdan:
un lazo mi aliento oprime !

Catar. Ya subiste la escalera:
sabes el Credo, señor ?
porque en el aire se reza.

Dieg. Siempre has de estar de esse humor:
mas, Catarro, aguarda, espera:
no es aquesta la tapada ?

Catar. La misma es ella por ella.

Clar. Este es el Conde Ricardo,
èl tiene buena presencia,
buen gusto tiene mi prima.

Dieg. Sino me ha visto, quisiera
bolverme à salir.

Catar. Señor,
vana fue tu diligencia,
que ya te ha visto : por Dios,
que te ha cogido entre puertas.

Dieg. Què disculpa la darè ?
porque esta muger es fuerza,
que estè zelosa de ver,
que à ver à Leonarda venga,
pues quando la hablè en su casa
se mostrò zelosa de ella;
esto ha de ser, vive Dios.

Clar. Còmo el tal Conde no llega
à preguntar por mi prima ?

Dieg. Mi engaño de esta manera *ap.*
lo remediarà : Es posible,
infame, que no supieras,
antes de venir, la casa;
vive Dios, que mi impaciencia
se aumenta con sus descuidos.

Clar. Vuestro criado no yerra,
pues la casa que buskais

Dz

con

con tanto cuidado es esta.

Diego. Zelosa està, què he de hacer?

Catar. Fuego de Dios, què ojos echa!

Clar. Vos seais muy bien venido,
donde por dueño os espera
esta casa, y donde ya
la podeis tener por vuestra:
la en hora buena me doy
del gusto, y las conveniencias
de entrambos, porque soy parte,
que en tanto acierto interessa,
y aora me haveis de dar
para dexaros licencia,
porque quiero ser yo quien
lleve à Leonarda las nuevas.

Catar. Señor, dila que venias
preguntando por la dueña,
y à traerla unos anteojos.

Dieg. Cierta saliò mi sospecha.

Clar. No la dilateis el gusto,
que tendrà quando lo sepa.

Dieg. De zelos està perdida. *ap.*

Catar. Caiste en la ratonera.

Dieg. Pero esto ha de ser.

Al paño Leonarda.

Leon. Aora,

que à verme mi prima llega
una criada me dixo:
mas, Cielos, no està con ella
Don Diego? de aquesta vez
he de apurar mi sospecha,
porque mi prima me ha dicho,
que anoche le hablò: es cierta
razon, que por la tapada
la ha tenido: Ea, cautelas,
ànimo, que de esta vez
de su amor harè experiencia.

Dieg. Señora, el haver venido
à esta casa:-

Catar. Què te yelas?

Dieg. No es amor.

Leon. Ha falso amante!

Catar. La verdad del caso es esta.

Clar. Para què fingis conmigo?

ya sè que cuidado os cuesta
el dueño de aquesta casa,
enmendare su grossera
atencion: y què os turbais

de la dicha que os alienta?

Ya aqueste novio ha cumplido *ap.*
con la necedad primera.

Dieg. Turbado, y confuso estoy. *ap.*

Leon. Pendiente estoy de su lengua.

Dieg. Señora, no he de negar
los favores, las finezas,
que os debo.

Catar. Vaya, señor,
prosigue, que vâ de perlas.

Dieg. Ya, Catarro, muerto estoy.

Desde que en la estancia amena
del Grao tapada os vi
dar embidia à las estrellas;
y desde que para hablaros
cortès me disteis licencia,
confiesso, que agradecido
estoy à las nobles muestras
de amor, que os he debido.

Catar. Eflo si, pese à mi abuela:
desenojala, señor,
que tiene seis mil de renta.

Clar. Què es lo que escuchando estoy!

Leon. Ha, tirano! Amor, paciencia.

Dieg. Pero:-

Catar. Señor, esse pero
se te ha de bolver camuessa.

Clar. Mirad bien lo que decís.

Dieg. Ya defengañarla es fuerza: *ap.*

primero es mi amor, señora,
que en un hombre de mis prendas
nunca ha de caber engaños;
vos nunca disteis materia
para que os viesse hasta anoche,
que os vi en vuestra casa mesma,
con que solo agradecido
estoy à vuestras finezas.

Antes de veros tenia
amor à Leonarda bella,
que fue mi primer cuidado;
perdonad, si os lo confiesa
mi amor, pues ya no es posible,
que lo oculte mi cautela:
mas porque aquesta disculpa
no la tengais por grossera,
mañana pienso dexar,
desesperado, à Valencia,
con que mi atencion consigue,
que

que sepais por experiencia,
que no os dexa por alguna
quien por infeliz os dexa.

Cat. Hombre, què has hecho, que has dado
con toda la Clara en tierra?

Leon. Albricias, alma, pues viven
ya mis esperanzas muertas.

Clar. Esto es, que como à casarse *ap.*
viene con Leonarda bella,
pretende desengañarme
con resolucion discreta,
juzgando ser yo la Dama,
que anoche le hablò encubierta
en mi casa: Señor Conde,
vos me dexais satisfecha
quando pensais agraviarme:
porque Leonarda:-

Leon. Esta necia
se ha de declarar sin dudas:
salir à atajarla es fuerza:
esto me ha dicho otra vez. *Sale.*

Dieg. Què confusiones son estas!

Leon. Prima, seais bien venida.

Catar. Jesús! soltòse la presa,
de esta vez nos dexan calvos.

Leon. Vos, señor (valor, cautelas) *ap.*
muy bien llegado seais.

Clar. Pues còmo à hablarla no llega?

Dieg. Yo, señora:-

Leon. Què decis?

Clar. Ambos de mi se recelan, *ap.*
dexarlos quiero: Leonarda,
à darte la norabuena

he venido: y pues que ya
bien acompañada quedas,
no quiero que vuestros gustos
estorve mi inadvertencia,
porque en los lances de amor
siempre quien estorva yerra.

Leon. Prima, à Dios. Leyòme el alma, *ap.*

Dieg. Cielos, què enigmas son estas? *ap.*
permitid que os acompañe.

Clar. Vueseñoria se tenga,
y goce por muchos años
de Leonarda las finezas. *Vase.*

Dieg. Què es lo que passa por mi?

Catar. Por Dios, que vâ por la puerta
como perro con vegiga.

Leon. Venciò mi amante sospecha, *ap.*
pues le hallè constante, y firme:
pues, Don Diego, què quereis?

Dieg. Vengo à decir, que me deis
licencia para partirme.

Leon. Para partiros? por què?
mi amiga no os obligò?

Dieg. Ya supe quien era yo,
y solo de mi no sè;
que es Doña Clara he sabido
la Dama que me ha obligado:
y no sè por què ha mostrado
haverme desconocido;

y aunque es Doña Clara bella,
no luce à vuestro arrebol,
pues à donde asiste el Sol
nunca hace falta una Estrella.
Yo os adoro; y vive Dios,
que no solo à Doña Clara,
pero mil mundos dexàra,
bella Leonarda, por vos.

Quedaos, pues, y no os espante,
que se vaya mi cuidado
à morir de desdichado,
si ya no ha muerto de amante.

Leon. Señor Don Diego, advertido
estad de que si pudiera
ser agradecida, fuera
vuestro amor correspondido.

No os puedo querer, por Dios,
por causas que aora os niego;
pero, en fin, señor Don Diego,
algo se ha de hacer por vos.

Dieg. Si os pierdo, os cansais en vano.

Leon. Yo pienso quedar airosa,
porque à vuestro gusto y esposa
os he de dar de mi mano.

Dieg. Si es Doña Clara, no escucho.

Leon. Poco mi afecto os debió:
no es Doña Clara, y sè yo,
que ha de contentaros mucho.

Dieg. Pues decidme, què muger
puede contentarme aqui?

Leon. Don Diego, fiadme à mi,
que à vuestro gusto ha de ser.

Dieg. No siendo vos, desvario
es ponerme en su presencia.

Leon. Yo os animo, y la experiencia,
mas

mas no os fuerzo el alvedrio:
si à vuestro gusto no fuere
poco vuestro engaño dura.

Catar. Pues yo he de llevarme al Cura,
y venga lo que viniere:
aceta, que he presumido,
aunque el lance te acobarda,
que aquesta novia es Leonarda.

Dieg. A vuestras plantas rendido,
humilde, obediente, y ciego
mi agradecimiento està;
pero sin vos:-

Leon. Basta ya:
esto os importa, Don Diego.

Dieg. Ea, penas, à morir.

Leon. Ea, Amor, à desear.

Dieg. Ea, esperanza, à penar.

Leon. Ea, alientos, à vivir.

Dieg. Quando sè:-

Leon. Quando à ver llego:-

Dieg. Que me obligas:-

Leon. Que me aguarda:-

Dieg. Tanta crueldad en Leonarda.

Leon. Tanta fineza en Don Diego. *Vanse.*

Salen D. Enrique, y Octavio muy pobres.

Enriq. No he de esperar un instante,
irme de Valencia quiero:

mal haya el juego villano,

que en tal estado me ha puesto!

Mal haya, amen, mi fortuna!

pero, ay de mi! què me quexo,

si me busquè yo la causa

de la ruina en que me veo?

No siento tanto mirarme

à los rigores expuesto

de las miserias que passo,

y del dolor que padezco:

Ay de mi! no siento tanto

haverme visto en un tiempo

tan rico, tan poderoso,

de tantos vassallos dueño;

tan respetado de todos,

y con tanto lucimiento,

con hacienda, y con amigos;

ay, Octavio, quánto siento,

que haya llegado tan tarde

el desengaño à mi ciego

error, pues de mi fortuna

solo yo la culpa tengo!

Quièn ha sido mas tirano,

quièn llegò à ser tan sobervio,

tan amigo de su gusto,

y quièn al liviano imperio

de las mugeres estuvo

mas ciegamente sujeto?

Quièn siguiò con mas cariño

el vil engaño del juego?

Y finalmente, del mundo,

quièn corriò en los devaneos

tan à rienda suelta? Yo,

que arrepentido confieso,

al ver lo malo que he sido,

que ha andado piadoso el Cielo

en ponerme en tal estado,

pues al verme pobre, veo,

que de tanto vicio infame

me ha dado conocimiento:

y viendome rico estaba

cruel, obstinado, y ciego,

obrando como dormido,

lo que conozco dispierto.

Pues venga à ser pobre yo

en mi ruina conociendo,

que fui rico para loco,

y soy pobre para cuerdo.

Lo mas que llego à sentir

es el rigor, y el desprecio

con que he tratado à mi hermano.

Octav. Dexa, señor, los extremos,

y dime, què hemos de hacer?

Enriq. Morir, Octavio, pretendo.

Octav. Dime, por què à Doña Clara

no vàs à ver, pues es cierto,

que remediarà tus males?

Enriq. Si desde que la di zelos,

no la he visto mas, ni ella,

con ser su amor verdadero,

me ha buscado, y estoy pobre,

con què cara, Octavio, puedo

ir à verla, aunque la adoro?

Octav. Pues no me diràs, què haremos

de noche, y en esta calle?

Enriq. Ya sabes, que yo no puedo

salir de dia, y que pobre

para un vestido no tengo.

Octav. En esta calle ha tomado

quar-

quarto de casa Don Diego,
y corre voz, que se casa
muy ricamente, y lo creo,
porque ha sacado libreas,
y anda con gran lucimiento.

Enriq. Quiera Dios, Octavio, amigo,
darle lo que yo deseo,
que èl lo merece.

Octav. Ahora bien,
tù has tomado mi consejo,
pues ser obscura la noche,
nos sirve para el intento:
lo que podemos hacer,
ya que tan pobres nos vemos,
es valernos de tu hermano.

Enriq. Nunca te he visto tan necio;
pues dime, ignorante, dime,
tan buenas obras le he hecho,
que quieres que me socorra?

Octav. No me entiendes, lo que quiero
es, que sin que nos conozca,
à su puerta le aguardemos,
y le pidas un socorro,
que en ti no caerà, fingiendo
la voz, y èl tiene, señor,
tan hidalgo, y noble pecho,
que piadoso ha socorrido
por este camino mesmo
à muchos hidalgos pobres.

Enriq. Esta es permission del Cielo;
y así, pues en mis amigos
tanta falsedad advierto,
que, en fia, todos me han dexado,
poner, Octavio, pretendo
en mi hermano la esperanza.

Octav. Esta es la casa, esperemos
à que venga, ò à que salga.

*Retiranse, y salen Don Diego, y Catarro
con linterna, muy galanes.*

Dieg. Catarro, en vano me aliento
à ir en casa de Leonarda,
aunque obligado me veo
de la Dama que me escribe:
solo por Leonarda peno,
solo Leonarda me mata:
à donde voy si la pierdo?

Catar. Señor, has perdido el juicio?
pues quando la estás debiendo

à essotra Dama, embiarte
seis mil ducados, que bueltos
en moneda de vellon,
es cosa de mucho peso,
te acuerdas de que hay Leonardas?
Si estuviera en tu pellejo
me casara à cierra ojos,
y me desposara à tienta,
aunque viera, que la novia
era un diablo del Infierno.

Dieg. No me aconsejes.

Catar. Ya sè,
que es predicar en desierto:
traes las pistolas?

Dieg. Si traigo.

Catar. Haces bien, porque yo pienso,
que los deudos de Leonarda
andan, señor, con recelo
de ver lo que continuas
entrar allà, y es bien hecho
entrar los dos sobre aviso,
porque en un lugar nos vemos,
à donde por quatro quartos
le daran con la de Rengo
à un Christiano, y sin passarse,
le haràn tomar el acero.

Dieg. Viste tal obscuridad?

Catar. A esta linterna agradezco
ver la puerta de la calle.

Dieg. Aguarda, que vive el Cielo,
que dos hombres embozados
estàn alli.

Catar. Pues, Don Diego,
buelvete loco, y dispara.

Dieg. Tapa la luz.

Catar. Esto es hecho,
entra calcando, señor.

Dieg. Quièn yà? quièn es?

Enriq. Cavallero, *Llegan.*

un pobre hidalgo, que ha sido
rico, y próspero en un tiempo,
y que es ya de la fortuna
el mas miserable exemplo,
os suplica, que le hagais
algun socorro, advirtiendo,
que es noble, y que à vos os toca
remediarle por lo mesmo.

Dieg. La limosna que pedis,

a ningún pobre la niego,
por haverlo sido yo,
y así, esperad.

Catar. Vive el Cielo,
que el pobre no me contenta,
por Dios, que he de verle el gesto,
al irle à dar la limosna,
porque à estas horas hay ciertos
enemigos vergonzantes,
que meterán un gífero
por el ojo de una aguja.

Dieg. Tomad: quita, aparta, necio:
Và à darle la limosna, saca la linterna
Catarro, y conócelo.

vive el Cielo, que es mi hermano, *ap.*
mas disimular pretendo.

Enriq. Cielos, si me ha conocido! *ap.*

Dieg. En este bolsillo os dexo
cien escudos, y advertid,
hidalgo, que tanto siento
veros pobre, si por Dios,
por lo que à los pobres quiero,
como si fuerais mi hermano:
id con Dios.

Enriq. Guardeos el Cielo.

Dieg. Ay, Catarro! Don Enrique
era el pobre, parte luego,
y sin decirle, que yo
he sabido este suceso,
lleyale contigo en casa
de Leonarda, con pretexto
de que me caso, y que es justo,
que asista à mi calamiento,
y el mejor de mis vestidos
le llevarás, porque el pecho,
de verle pobre, se anega
en lastima, y sentimiento:
y yo, Catarro, à mi hermano,
como à padre le respeto.

Enriq. Octavio, en esta ocasion
llegò mi conocimiento
al puerto del desengaño,
quedate, y dile à Don Diego,
que yo fui el pobre à quien diò
la limosna, y que no tengo
ánimo para ponerme
donde me vea, advirtiéndole,
que delante de un humilde

no ha de ponerse un sobervio.

Dieg. Muerto me lleva la pena. *Vase.*

Enriq. De dolor se parte el pecho. *Vase.*

Catar. Voy à servir à mi amo.

Octav. Voy à obedecer mi dueño:

quién es?

Catar. Quién và?

Octav. Éste es Catarro.

Catar. Octavio es, aquí me vengo. *ap.*

Octav. Señor Catarro, aunque tarde,

rendido à sus pies estoy;

mil norabuenas le doy

de su estado.

Catar. Dios os guarde.

Octav. Pobre estoy, si usted se emplea
en el servicio de Dios,
focorráme.

Catar. A quién, à vos?

Octav. Si, amigo.

Catar. Dios le provea.

Octav. Mis necesidades grandes
le provoquen à dolor.

Catar. Don Enrique mi señor
quisiera veros en Flandes.

Octav. Pues diga, esse caso hace
de quien tan humilde està?

Catar. A los segundos allà
la tierra los satisface.

Octav. De hambre me estoy muriendo.

Catar. Si es essa su enfermedad,
con mucha facilidad

sanará. *Octav.* Cómo?

Catar. Comiendo.

Octav. No tenga la mano escasa,
deme algo usted en cortesía.

Catar. Buelvase, Octavio, otro dia,
que aora no estoy en casa.

Octav. Limosna en esta ocasion
me conceda, pues le alabo.

Catar. Aora bien, vè aqui un ochavo,
y receme una oracion.

Octav. Ya es demasiado rigor
tratarme con tal despecho:
y esto ha sido muy mal hecho.

Catar. Pues hagalo usted mejor.

Octav. Quedese para un cuitado
el bufonazo. *Catar.* El mendigo
vaya en paz: ola, què digo?

de-

detrás de mí, no à mi lado.

7.ª se. Sale. Doña Clara con manto, y Leonarda, y Inés.

Clar. Hermosa vienes, Leonarda: el parabien me permito de mirar quan à tu gusto este novio te ha salido.

Leon. Lo primero, Clara hermosa, que vengas à honrarme estimo, como es justo, pues añades à mi amor este cariño. No te has engañado, prima, alegre estoy, bien has dicho, porque he hallado en su persona todo quanto yo he querido.

Sale Don Diego.

Dieg. A vuestras plantas, señora: mas Cielos, què es lo que miro! *ap.* vive Dios, que me ha engañado Leonarda, pues me ha traído à ser esposo (ay de mí!) de la tapada, preciso ha de ser desengañarla.

Leon. Vos seáis muy bien venido, pues con el alma os esperan.

Dieg. Ingrata, tanto castigo *Al oído.* merece mi voluntad? este pago ha merecido mi amor? tú con otra quieres que me case? mal reprimo mi sentimiento, y engaño: pues tèn, ingrata, entendido, que sino eres tú, sabrè darme la muerte yo mismo.

Leon. Yo, señor, como tan vuestra, muy gustosa os apercibo al parabien de este empleo, que goceis por muchos siglos, pues à mí me està tan bien.

Dieg. Yo os agradezco, y estimo el favor (sin alma estoy!)

Leon. Ya el declararme es preciso: prima:--

Salen Don Enrique, y Catarro.

Enriq. No sabes con quien este casamiento ha sido?

Catar. El Cura te lo dirà.

Dieg. Don Enrique, hermano mio?

Enriq. A tus plantas humillado, perdon, hermano, te pido de lo mal que te he tratado.

Dieg. El llanto apenas resisto. *ap.*

Clar. Què es esto? aqui D. Enrique, *ap.* y tan galàn? pierdo el juicio.

Enriq. Doña Clara tan bizarra? *ap.* què es esto, Cielos divinos? si con mi hermano se casa? de zelos pierdo el sentido: ha tirana!

Clar. Ha falso amante!

Leon. Que honreis mi casa os estimo, Don Enrique. *Enriq.* Yo, señora, criado vuestro he nacido.

Leon. Ya es forzoso el declararme, que me escucheis os suplico. Don Diego de Don Enrique es hermano, con que digo, que no es el Conde: mi amor hacer experiencia quiso de su fè, con que confieso, que inclinacion me ha debido. Es pobre, y quise apurar si en mi amor estava fixo:

hallèle siempre constante, siempre amante, y siempre fixo, y hasta enterarme, no quise darte parte en mis designios, con que he satisfecho, Clara, à tu duda, y mi capricho. El estubo de una Dama, que le obligò, agradecido, y te ha tenido por ella, siendo yo à quien ha debido, encubierta, y descubierta, favores, y beneficios: esta es mi mano, Don Diego, à vos por dueño os elijo.

Dieg. Con la vida, y con el alma, que à vuestros pies sacrifico.

Danse las manos.

Leon. Y pues yo sè, que le quieres, claramente te suplico dès la mano à Don Enrique.

Clar. Quando zelosa me miro, puedes perdonar, Leonarda.

Inès. Tus zelos en valde han sido, pues

pues fui yo quien te los di.

Clar. Qué dices?

Inè. Lo que te digo.

Clar. Si esto es cierto, tuya soy.

Enriq. Yo tu esclavo, dueño mío.

Danse las manos.

Catar. Y aqui la Comedia acaba,
donde de un pobre se ha visto,
Pobreza, amor, y fortuna,
perdonad los yerros mios.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joseph,
y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto
al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se
hallarà esta, y otras de diferentes
Titulos. Año 1782.